



DIONISIO CUEVA

VIDA DE SAN JOSÉ DE CALASANZ

DEL LUGAR DE PERALTA DE LA SAL

Decimos Caleruega, Fontiviveros, Javier, Almodóvar del Campo, Torrehermosa... Pueblos tendidos en la piel del toro que es España. Pueblos de santos.

Ahora escribimos Peralta de la Sal, con su piedra elevada, sus eras saladas y blancas y un hilillo de agua, que parte en dos al pueblo y llaman, por contraste Río Sosa. Perteneció al reino de Aragón. Ahora, a la provincia de Huesca. Tenía 62 fuegos -310 almas, más o menos- a mediados del siglo XVI. Y ya era entonces "Territorio ameno y sitio eminente". La fama no le viene al pueblo por su nombre y apellido, por la piedra y la sal. Es famoso el pueblo porque en él quiso Dios que naciera José de Calasanz y Gastón.

Las fechas del nacimiento andan un tantico revueltas. Sobre el día y el mes, unos que el 11 de septiembre, otros que el 31 de julio. Nada de nada. ¿Y por qué no el 19 de marzo, mirando el nombre del recién nacido? Pero en el nombre nadie se ha fijado. Con el año es más fácil ponerse de acuerdo. Tradicionalmente se fue diciendo que en 1557. Parece lo más seguro, y con 1557 nos quedamos. Os digo, de paso, que todo este desconcierto obedece a un capricho trágico del mariscal La Motte. Obligado a retirarse de Monzón, durante la guerra de Cataluña, mandó a sus gentes a subir hasta Benabarre, desmochando torres y quemando libros parroquiales. Lo hicieron a la perfección en Peralta y nos quedamos para siempre sin los cinco libros oficiales de su iglesia y sin los datos esenciales de sus gentes.

Le tocó nacer a José en el seno de una familia cristiana e infanzona por ambos costados. Juan Sagarnuy, natural y habitante de Peralta, de sesenta y un años de edad y buena memoria, declara más tarde “que toda la vida ha oído decir en el dicho lugar de Peralta que los padres del dicho Doctor Calasanz y sus pasados y ascendientes fueron y eran buena gente, cristianos viejos limpios y de sangre limpia sin raza ni mácula de judíos ni moros ni otra secta ni mala ley, y que por tales fueron siempre tenidos y respetados comúnmente de todos y ahora lo son en dicho lugar de Peralta”.

El padre, Pedro Calasanz, era herrero de oficio y durante unos quince años bayle de toda la baronía de Peralta, que comprendía nueve villas, con Peralta como capital en el centro, y traía sus orígenes de comienzos del siglo XIII. Bayle es palabra sabia y viene de Roma. Tenía su qué y su porqué. Moros y judíos no podían ser bayles. El título estaba reservado en Aragón a cristianos viejos y nacidos dentro de los límites del reino. Correspondía al bayle cobrar y administrar las rentas y tributos y, a la vez, hacer de juez en las causas fiscales. No era un cualquiera este don Pedro. Que, además, fue hombre honrado y laborioso, buen administrador y prudente. Hombre de una sola palabra.

La madre, María Gastón, es mujer de mucha piedad, hacendosa, excelente maestra de sus hijos. Una joya de mujer. Un sol de madre. En la fachada de su casa natal campeaba hasta hace pocos años una recia leyenda, grabada en letras mayúsculas. Rezaba así:

*O qué poco lo de acá.
O qué mucho lo de allá.*

El pareado vale por muchos sermones. María Gastón no olvidará su doctrina. Antes que José habían nacido siete hermanos: Juan que murió mozo y soltero. María; Pedro el heredero, Juana, Magdalena, Esperanza e Isabel. El octavo y Benjamín, José. Lo bautizaron en la parroquia de Santa María. La pila de piedra, grande y esbelta, vigila como un testigo frente al altar mayor. De la herrería sólo queda el solar. Lo demás se tiró y transformó en iglesia. En esta iglesia y sobre la estatua del santo luce un dístico latino, que traducido a la letra dice así: *Aquí nació José, aquí estuvo la casa de los Calasanz. Aquí, donde rodó su cuna, ya tiene dedicado un altar.*

De todas las personas que habitaron la casa, quien más influyó en el pequeño fue la madre. Hasta los grafólogos lo han descubierto a fuerza de bucear en la letra de los escritos de Calasanz. Uno de ellos, Raymond Trillat, sabio y francés, ha escrito: “Hay en él una referencia a la madre, que guía su vida, que le sostiene, que continúa nutriéndole y reconfortándole”.

Aunque asentada en la provincia de Huesca, la parroquia de Peralta perteneció durante siglos a la diócesis de Urgel. Nos lo dice el mismo Calasanz, identificándose en un documento oficial: “José de la Madre de Dios, del lugar de Peralta de la sal, diócesis de Urgel, en el Reyno de Aragón”. Así de claro, “Aragonés de nación”, dirá en otro escrito. Aragones, sí, pero con espíritu católico. Ya veréis qué bien sabe servir a su diócesis de Urgel.

Los años niños de Calasanz discurrieron serenamente en Peralta. Se le quedaron anidadas en las ramas del recuerdo las vivencias más íntimas. Y anciano ya, volviendo la vista al horizonte lejano, le iba diciendo a su enfermero, el hermano Lorenzo Ferrari,

“que su padre y madre le educaban en el temor de Dios, le hacían aprender buenas letras... y le cuidaban separado de las malas compañías”. Y días después: “que él comenzó a estudiar desde pequeño, frecuentaba las devociones y rezaba siempre el Oficio de Nuestra Señora, con otras prácticas, sobre todo el Rosario”. Buena siembra. Y buenos frutos produjo. Quedan cuatro puntos de referencia: la casa, el templo, la escuela. Y un olivo.

En el hogar asimiló el amor a Dios, el horror al pecado, la devoción a la Virgen... En la iglesia rezó, clavó los ojos en los gestos de los sacerdotes, asistió a la boda de algunas de sus hermanas, aprendió de memoria el catecismo. No sabemos el día de su primera comunión. Sí, en cambio, que aquí conoció a los hijos de san Ignacio. Otra vez los recuerdos. A los 87 años escribiría una carta para pedir a uno de sus escolapios que honre a los padres jesuitas, “porque son dignos de tal obsequio, como yo lo he reconocido siempre, desde hace 80 años”. Andaban tal vez, predicando en Peralta. Tiene el niño siete años. No podrá el tiempo borrar la imagen y el cariño... Funciona en Peralta una escuela elemental: leer, escribir, un poco de cuentas y la doctrina. Pocos alumnos y todos varones. Entre sus compañeros de escuela hay que subrayar un nombre. José Marquet se llama. Este amiguillo de entonces nos regaló después dos anécdotas, dos pequeños pergaminos miniados.

Contó don José Marquet que el maestro aupaba algunos días en su propia silla a Calasanz. Y lo aupaba para que contase a sus compañeros los milagros de Nuestra Señora, tal como se los había oído relatar a su madre. Podéis imaginar el silencio en el aula y la sonrisa beatífica de Gonzalo de Berceo allá en la gloria.

Y el olivo... Dijo don José de Marquet: “Ya de niño, siendo yo su paisano y de su misma edad, cinco años aproximadamente, poco más o menos, se salió de casa y de la villa con un cuchillo o puñalito desenvainado en la mano. Yendo así y preguntándole yo dónde iba, me respondió: “Quiero ir a matar al demonio, porque es enemigo de Dios”. Y luchó a brazo partido entre las ramas de un olivo, según una tradición centenaria. Cuando visitéis Peralta, no os perdáis la “Olivereta de San José”. Que también la tradición tiene sus fueros. Y allí encontraréis el olivo, retoño auténtico del viejo tronco centenario.

HUMANISTA EN ESTADILLA, FILÓSOFO EN LÉRIDA

Ya acabados los estudios en Peralta ¿qué?

Estamos en el otoño de 1568. Tiene Calasanz 11 años y muchas ganas de saber. A 20 kilómetros al poniente se alza la estadilla, con 480 habitantes, muralla cerrada, palacio de los barones de Castro-Peralta, convento de frailes mercedarios y una escuela de latinidad. Tiene también Estadilla “campo y cielo de los muy buenos de Aragón: abundantísimo pan, vino, aceite, de apreciable vega y monte”. Entró Calasanz en la villa por la Puerta del Sol. Y entró para estudiar y medrar. En medio del pueblo enseñan la casa donde se hospedó tres largos años. Y un trozo más adelante el convento de San

Bartolomé, hecho unas ruinas, con dos arcos góticos al aire. Era el convento de regulares medidas. Los “gramáticos” como llamaba el pueblo a los estudiantes, cabían en un puño. Pero apechugaban con las humanidades curso tras curso.

Entre esos gramáticos andaba un tal Francisco de Ager, luego beneficiado de Urgel y familiar del santo oficio. Preguntándole por Calasanz, dijo “que todos le llamaban el sanset, que quiere decir santito, que nunca iba a la escuela sin haber hecho antes oración, y así lo hacía todos los días, aunque sus compañeros se burlasen”. Sanset, santito. Buen mote. Pareció una broma y resultó profecía.

Y en Estadilla ocurrió algo sonado en 1571, último año del trienio humanístico de Calasanz. Acababa de cumplir 14 años, que marcan la hora de su mayoría de edad. Puede opinar y opinó. Sabe, a través de palabras, gestos y oraciones, que su madre le quiere sacerdote. El P. José Jericó, Académico de la Historia, fue el primero en descubrir estas opiniones encontradas. Habla de la “repugnancia de don Pedro a los designios de su hijo, que manifestaba abiertamente su vocación al estado eclesiástico” y de “las repetidas instancias de Joseph y de su piadosa madre, doña María Gastón”.

Hablaron padre e hijo. Quedó no vencido, sino convencido el padre. José sería sacerdote. Y don Pedro hizo testamento. Cita por sus nombres a los siete hijos vivos, los varones primero, después las mujeres. Nombra heredero a Pedro. Y le ordena que a José “no sólo lo mantenga con la decencia correspondiente a su calidad, dándole todo lo que hubiera menester, sino que confiando sea clérigo, le sea dado patrimonio suficiente para subir a los órdenes sacros, si ya beneficio alguno no tuviere”.

Hombre honrado y de conciencia este don Pedro. Terco, sí, pero justo y consecuente. Las cosas quedan por ahora en su sitio. La baronía –España si queréis- pierde un soldado. La iglesia empieza a ganar un sacerdote. Váyase lo uno por lo otro. Y Dios hará lo demás.

Y “como Dios le había dotado de un entendimiento perspicaz –escribe el P. Jericó- en breve tiempo se instruyó perfectamente en gramática, letras humanas, poesía y retórica”. Cierto. Pero el breve tiempo fueron tres años. Ya se vio. Descansó en Peralta. Lo seguirá haciendo siempre, terminando el curso. Le tiran el pueblo y el hogar. Ahora hay que buscar universidad para seguir estudiando. Y todos piensan en Lérida. Su vecindad a Peralta les va de perlas al estudiante y a la familia.

Tiene su historia esta universidad en Lérida. Fundada en 1300, contó al principio con tres facultades: artes o filosofía, derecho y medicina. En 1430 añadieron la de teología. La de leyes se llevó la palma. Al crearse nuevas Universidades en la Corona de Aragón –Huesca, Zaragoza, Valencia, Barcelona- disminuyeron los alumnos en Lérida y medraron las críticas y las revueltas estudiantiles. Fueron sonadas las de 1574, 1576 y 1577. El patronato de la Universidad corresponde al Ayuntamiento o Paería y el canciller es un canónigo. Pero los verdaderos poderes académicos y jurisdiccionales están en manos del Rector. Y el rector es un estudiante de derecho, elegido por sus compañeros. El ejercicio del rectorado es rotativo entre los tres reinos que componen la Corona: un año Aragón, otro Cataluña y otro Valencia. También los alumnos quedan encuadrados en uno de esos reinos. Calasanz, nacido en Peralta, en el de Aragón.

Llegó a Lérida para la fiesta de san Lucas de 1571. Buscó una pensión. Juró obediencia al rector. Y empezó sus clases de filosofía, siguiendo el método aristotélico. Así tres años hasta el verano de 1574. Las vacaciones siempre en casa. En septiembre de 1573 se compran unos campos en el vecino pueblecito de gabasa y firman como testigos “los honorables Martín Crespi... y José de Calasanz, estudiante, natural de Peralta de la Sal”.

A la filosofía siguió el derecho. Cuatro cursos, del 74 al 78. Debió estudiarlo y asimilarlo a fondo. Pruebas de esa sabiduría práctica aparecen en la trama de sus propios escritos. Lo calaron los obispos, que lo quisieron a su lado. Y lo afirmaron en los procesos quienes le conocieron y trataron. El P. José Fedele afirma que “era un hombre docto en Leyes canónica y civil”. Y el P. Alejo Armini va más lejos: “Sé que estuvo en el Estudio General de Lérida, en donde cursó, según he oído y visto, la Filosofía y las Leyes y en ellas se doctoró”. ¿Se doctoró en derecho? Con el P. Armini lo siguieron afirmando los viejos biógrafos. Y no sólo ellos. En el coro barroco de la nueva catedral de Lérida, Luis Bonifás y Masso dedicó uno de los 103 medallones a Calasanz. Escribió debajo de la imagen: “Doctor Illerdensis”. Y hay que agradecerlo al artista. Pero ni él ni los biógrafos estaban en lo cierto. A otro doctorado aspira Calasanz. Y lo conseguirá más adelante.

En estos años universitarios sucedieron algunos hechos dignos de memoria. Con otros compañeros subió Calasanz hasta Balaguer, para recibir la tonsura clerical. Le “coronó” don Juan Dimas Loris, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica obispo de Urgel. La ceremonia, en la iglesia del Santo Cristo de Almatá. Era el 17 de abril de 1575. Rondaba el tonsurado los 18 años. Buena edad para temblar y soñar. El obispo firmaría luego: “... a nuestro querido hijo de Cristo, José Calasanz, hijo legítimo y natural de Pedro Calasanz, herrero de oficio, y de María, cónyugues, del lugar de Peralta de la Sal...” Aquello de “herrero de oficio” lo rasparon después en Roma cuando Calasanz, ya muerto, iba para santo. Que quedaba mal, vamos, un oficio así en el padre de un santo. Sonreiría Calasanz en el cielo, como sonreía ahora, arrodillado a los pies del santo Cristo.

Por esos mismos meses llegaron los jesuitas a Lérida y predicaron la misión. Venían precedidos de mucha fama y superaron todas las expectativas. “fueron la redención de la tierra” dice Gaya y Massot. Para Calasanz, que ya les veneraba, fueron un regalo de Dios. Durante 1576 y 1577 predicaron las respectivas cuaresmas.

En febrero de 1576 se casó Pedro, hermano y heredero. Las capitulaciones se firmaron en Peralta. Hay un detalle en ellas muy delicado. El padre, que ordena y firma, “se reserva caudal suficiente para fundarle a José un patrimonio eclesiástico, si quisiere ordenarse sacerdote”. Por supuesto, don Pedro. Ni lo dude usted.

El verano en Peralta, buscando cariño y descanso. El 7 de septiembre de 1575 figura como testigo en un documento notarial, junto con su primo y compañero de estudios Juan Sala. Ambos son “estudiantes y habitantes en el dicho lugar Peralta de la sal”.

Hay que añadir dos anécdotas bien ciertas y que van perfilando la personalidad de Calasanz. Otra vez un condiscípulo.

Se llama Mateo García, que anda con frecuencia hecho una bala. Con los consejos de Calasanz sentó juicio. Y llegó a sacerdote. Recogió ambas anécdotas el canónigo Miguel Jiménez Barber. Voy a copiarlas.

Dice don miguel en su declaración jurada: “Estudiando en la Universidad de Lérida en su juventud, me contó el señor Mateo García, sacerdote y condiscípulo del siervo de Dios: siendo yo muy díscolo y teniendo a mendo porfías, a causa de las cuales me encontraba luego en grandes peligros, recurría al joven José, el cual con su consejo y ayuda me sacaba de dificultades. Y solía decir que para él era José un Espíritu Santo, no teniendo otro consejero que él en sus apuros”. Serios peligros éstos en la vida de aquellos estudiantes. No lo echó Calasanz en el saco del olvido. Muchos años después recomendará a un muchacho alborotado que confiese y comulgue semanalmente para apagar sus ardores, pues “de lo contrario encontrará alguien que tal vez le hiera sin poderse confesar. Y Dios suele permitir tales cosas a los que hacen el bravo, como tantas veces se vio en mis tiempos”.

La otra anécdota prueba en qué grupo universitario figura Calasanz. Añade don Miguel: “me contó además que toda la juventud de su nación aragonesa le había elegido por prior de su reino y servía de efectivo recurso a todos, y por eso era tenido como hombre de toda virtud y bondad. Y esto, como digo, era en su juventud, en el Estudio de Lérida”. Sobre el título de prior se ha teorizado en demasía. ¿Rector de la Universidad uno de los años capicúas para Aragón? ¿Consejero del Rector? ¿Jefe y representante del grupo aragonés? Opine como quiera el lector. Yo me quedo, hipótesis aparte, con lo esencial. Para Mateo García, Calasanz es su Espíritu Santo. Y para todos los muchachos de su nación aragonesa, hombre de toda virtud y bondad. Que ya es bastante.

APRENDIZ DE TEÓLOGO EN VALENCIA Y ALCALÁ

CALASANZ quiso iniciar sus estudios teológicos en valencia. ¿Por qué en Valencia y no en Lérida, más cercana, conocida ya, sin tener que romper amistades? Las modernas investigaciones atribuyen el consejo a los jesuitas, a su confesor jesuita. La decisión fue personal. En Valencia encontraría menos líos estudiantiles y mejor calidad de enseñanza. La Compañía tenía en Valencia colegio propio, fundado en 1544, dedicado a San Pablo, con cátedra de teología y títulos académicos. Desde 1567 admitió alumnos externos. Seguía a Santo Tomás en la enseñanza, pero utilizando un nuevo método positivo, apoyado en la Sagrada Escritura y los Santos Padres. Surgieron envidiejas en la Universidad. San Juan de la Rivera las cortó, alabando así al Colegio de San pablo: “Se da en él buena educación a la juventud y de él salen óptimos clérigos”.

Partió, pues, Calasanz de Peralta a Valencia: ¿Qué camino siguió? Había dos posibles. El de Castellón, más directo al parecer, pero bastante inseguro. El que cruzaba Barbastro, Huesca, Zaragoza, Daroca, Teruel y Sagunto, más largo y más transitado. Con los *Repertorios de todos los caminos de España* de Villuga y de Meneses en la mano, me quedo con el segundo camino, que ofrecía además al caminante los regalos del Pilar y de los Santos Corporales... Divisó desde lejos y por primera vez el mar. Y

vio a Valencia, como Mariana, “de tan alegre suelo y cielo, que ni padece frío en invierno y el estío hacen muy templado los embates y los aires de mar. Los edificios magníficos y grandes, sus ciudadanos honrados; de suerte que, como vulgarmente se dice, hace a los extranjeros poner en olvido sus mismas patrias naturales”. Gallardo y poético estuvo el jesuita en la descripción.

Calasanz se matriculó en San Pablo. Constancia de esta inscripción, clases y notas, no hay ninguna. Porque papeles y listas los aventó el infortunio cuando tuvieron que dejar España los hijos de san Ignacio en tiempo de Carlos III y de sus ministros ilustrados.

Al parecer, para aligerar gastos y por dignidad profesional, aceptó Calasanz según el hermano Lorenzo Ferrari, “un empleo ventajosísimo”. El P Vicente Berro es más claro: “Estudiando en valencia, consiguió honesto servicio como secretario de una noble y honrada señora”. No iba reñido el trabajo con los estudios sistemáticos y la asistencia diaria a clase. Y como era hábil en leyes, las ejercitaba de paso. Pero...

Valencia va unida a un episodio, que pareció tragedia y terminó en gracia de Dios acrisolada. Lo contó dos veces Calasanz, para escarmiento de incautos y caminantes. Hay en los archivos otros relatos. El mejor testimonio aparece en la declaración jurada de don Ascanio Simone, antes P. Jerónimo de santa Inés, escolapio y confidente de Calasanz. Dijo así el 6 de octubre de 1559: “Habiendo ido una vez a dar cuenta de conciencia al venerable Siervo de Dios, después de haber discurrido de muchas cosas referentes al espíritu, me dijo estando él a los 21 años de edad en Valencia cuando estudiaba sagrada teología, fue invitado por una dama a pecar y que le había sido tendido por el diablo, abandonando a la mujer que le incitaba al pecado”. Los datos que aporta la declaración son precisos: estudia teología, tiene 21 años, y ocurrió en Valencia. Impresiona hoy el suceso, como impresionó a los interlocutores de Calasanz, como le impresionó a él, joven de 21 años, inteligente, buen mozo. Que aún los que van para santos son de carne y hueso. ¿Sería pecado recordar los versos de Lope:

*Naranjitas me tira la niña
En valencia por la navidad?*

Pecado, no, porque Calasanz no devuelve la naranja, como lo hizo el poeta. Tenía otros reflejos. Por eso “huyó de aquella casa en busca de su confesor, y allí determinó no querer ya en adelante entrar en la casa de aquella señora, como hizo”. Esto dice el P. Catalucci en la *Breve Notizia* que escribió para los funerales de Calasanz. Puntualiza más el P. Berro: “Nunca más quiso pisar aquella casa, ni transitar por aquella calle”. El lance terminó ahí. Aparece el confesor –su confesor- como pieza clave en la solución. Un confesor jesuita, casi con seguridad. Ahora hay que completar el curso. Mientras, irán haciendo él y su confesor el necesario discernimiento...

El salto del mar a la meseta no fue. “Por consejo de su director espiritual tomó el camino de Alcalá de Henares”, dice el P. Jericó, y su afirmación parece lógica. ¿Pero hizo el viaje directo de Valencia a Alcalá? Tras en batacazo levantino. Lo normal es buscar sosiego entre los suyos, con la madre sobre todo, como en veranos anteriores. De Valencia a Peralta, desandando caminos, y de Peralta a la patria de Cervantes por Zaragoza y, jalón arriba, hasta dar con Henares.

Alcalá –la Roma chica de las crónicas, la villa de “sereno cielo” que piropeó Cisneros- se gloriaba de sus 38 iglesias, de sus 19 colegios, de su Universidad especialmente, que fue inaugurada por el 26 de julio de 1508. También tenían aquí su Colegio Máximo los jesuitas. Y en él, según los mejores indicios, estudió Calasanz el curso 1579-80 su segundo año de teología, y no de capigorrón sino de ferreruelo y manteo. Era para él importante seguir la línea y los métodos didácticos y formativos de Valencia.

Pero tampoco será este un curso pacífico. Porque mientras el estudiante le daba a la Suma de santo Tomás y enseñaba catecismo a los pequeños, en su tierra entrañable y lejana se había quebrado la paz. Una vez más los vasallos se han alzado contra los señores. *Inquietudes de Ribagorza* Ha llamado la historia a estas revueltas, que afectaron seriamente el condado y salpicaron las baronías vecinas. En las primeras refriegas, grupos de revoltosos, capitaneados por Juan de Ager, lograron víctimas concretas: “han muerto a Pedro Vallonga, al sastre de Montaña, a uno de Peralta de la Sal...”. Sí, a Pedro Calasanz, que cayó acribillado en los alrededores de su pueblo. El P. Cavada, oído el relato de los propios petraltenses, lo resume así: “y lo mataron en las luchas de Rivagorza, en el año del señor de 1579, sin dejar sucesión”.

Las malas noticias son ágiles, veloces y casi siempre ciertas. Ésta llegó a Alcalá como una centella. Y con la noticia el ruego urgente de sus padres. Tenía que dejar los estudios y volver enseguida. Luchó contra todos los demonios del desaliento, se bebió de un sorbo el trago amargo, pero no volvió. ¿Para qué precipitarse y perder el curso? Pero ya es sabido que una desgracia nunca viene sola. O, si queréis, tras un dolor otro mayor. El corazón de doña María Gastón no pudo resistir el golpe seco de aquella muerte sangrienta. Y tras el hijo, la madre. También esta noticia llegó con rapidez a Alcalá. Y entonces sí, acabado el segundo año de teología, José hizo caso al padre, y volvió con el corazón destrozado y la imaginación cargada de interrogantes. En Alcalá quedan hoy dos recuerdos de Calasanz. Uno, en la ermita del Cristo de los Doctrinos, donde, según la tradición, enseñó la doctrina cristiana a los niños. Otro, en el paraninfo de la Universidad: allí está escrito su nombre en la lista de los más ilustres exalumnos.

SACERDOTE DEL SEÑOR

EN PERALTA pasó Calasanz el curso 1580-81. Un curso perdido en cuanto a estudios. Tiempo habrá. Importa más ahora el padre que los libros. La casa, claro, no es la misma. Ya se sabe: casa sin madre, río sin cauce. Don Pedro, desde la muerte del hijo, tiene claro el camino: José debe sustituirle como heredero. Insiste. Suplica. Y tiene razón. No queda otro varón en la casa. Él y no otro ha de recoger la herencia, amasada con tantos sudores. Y solo él puede hacer florecer el apellido. Dos cosas sagradas para el anciano.

José comprende. Y asume toda la tragedia del padre. Pero en su tabla de valores, la vocación recibida de Dios anda escrita en líneas antes que las palabras haciendo y apellido. Dos testigos cualificados del proceso nos dicen lo que pasó entonces. Juan Garcén, emparentado con los Gastón, declara “que habiendo muerto Pedro Calasanz, su hermano y heredero de la casa y hacienda de sus padres, sin hijos, los dichos sus padres

le quisieron hacer heredero al dicho José de Calasanz de sus bienes y hacienda y él no quiso. Y esto es verdad con juramento”.

Él no quiso, no quiso serlo. Pero la lucha interna y el dolor compartido le han minado hasta caer enfermo. Los cronistas hablan unánimes de una “grave enfermedad” que puso en peligro su vida. En Valencia pudo vencer, huyendo. En Peralta hay que vencer, abrazando la cruz. Adivinad, si podéis, a través de este espeso silencio, los dos rostros, el del padre y el del hijo.

La solución vino una vez más de lo alto. Don Ascanio Simón oyó al anciano Calasanz la narración del episodio valenciano. Ya nos contó. Le oyó también lo que pasó en Peralta y nos lo cuenta ahora: “poco tiempo después, habiendo enfermado gravemente por evidente peligro de la vida, habiendo hecho a la misma Sacratísima Virgen oferta y voto de virginidad para llegar al sacerdocio, súbitamente curó”.

El triunfo fue de Dios. Los hombres callaron. Don Pedro dio por perdidos hacienda y apellido. Pero respetó la libertad del hijo. José dio gracias y puso en el señor su esperanza. Sí, los bienes acumulados se irán perdiendo. Pero el apellido no.

Y hecha la paz en la casa y en el alma, Calasanz partió a la universidad de Lérida en octubre de 1581. ¿Por qué a Lérida? Muy sencillo: porque no debía alejarse del padre. Con un buen caballo, de Lérida a Peralta, una jornada.

Le quedan dos cursos de teología. Los aprobó y le dieron el título de bachiller. Aspiraba a más y se inscribió en los cursos de docencia, que suponía el ejercicio teórico-práctico de las llamadas catedrillas y aprobar las correspondientes conclusiones. Así redondeaba, también, la ciencia de los cuatro cursos y daba el paso obligado para un posible doctorado. Añadieron al bachiller un nuevo título: Profesor en sagrada teología. No conocemos detalles, ni se conservan pergaminos, porque el mismo Calasanz los echará al canasto cuando aprenda a ser niño entre sus niños. Pero con estos dos títulos firmará pronto documentos oficiales.

Hay un detalle en estos años universitarios que no quiero se me traspapele. El P cavada, citado arriba y hombre de buen gusto literario, se acercó a Benabarre en 1667 y en casa del párroco encontré “un libro en cuarto folio de poesías varias, tan elegantes como doctas, de nuestro Venerable Padre, que dice allí él mismo que las compuso cuando cursaba los estudios en las universidades de Lérida y Valencia”. En otro lugar añade el mismo P. cavada que dicho libro era “como un Ritual Romano, manuscrito de variadas y elegantísimas poesías españolas, sobre el sacramento y el misterio de la Santísima Trinidad y otros argumentos sagrados”. Ni pudo obtener el libro el P Cavada, ni se hizo copia después. Se perdió el manuscrito y hemos perdido un tesoro. De encontrarlo, yo lo compraría a precio de oro, para gustar los temas y apreciar la rima y el ritmo de aquellas “elegantísimas poesías españolas” para mirarme en el espejo limpio de este Calasanz joven, teólogo y poeta.

Estos dos años terminaron en la escalonada recepción de las órdenes sagradas. Ocurrieron las cosas entre diciembre de 1582 y diciembre de 1583. Y así fue de sencillo, en tres momentos y en tres lugares.

Huesca era en 1582 una pequeña ciudad amurallada con un poco más de 3.000 moradores dentro. En lo alto, entre nobles casonas y callejitas pinas, la Universidad, la catedral y el palacio episcopal. En este palacio, don Pedro del Frago –obispo, teólogo y

padre de Trento- confirió a Calasanz las cuatro órdenes menores –ostiariado, lector, exorcista y acólito- el 17 de diciembre. Ya podía vigilar el templo, leer la palabra, ahuyentar al diablo y servir al altar. Al día siguiente –sábado 18 de diciembre- la ceremonia se desarrolló en la nave central de la catedral, ante el retablo que cinceló Forment. Necesitaba José un título eclesiástico. Y le vino de Monzón, que contaba con dos iglesias, la de santa María y la de san Esteban. A ésta le dio Paulo III el título de colegial y un cabildo de 12 canónigos. En santa María, “colegial insigne y matriz de esta villa”, era prior el Dr. Bartolomé Calasanz. El ordenado presentó un documento que rezaba así: “José de Calasanz, natural de Peralta de la Sal, diócesis de Urgel, beneficiado con el beneficio de San Pedro Mártir en la iglesia de San Esteban de la villa de Monzón”. Y con este beneficio le ordenó subdiácono del Pedro del Frago.

Fraga tiene, además de las parroquias de San Pedro y San Miguel, las ermitas de los santos Fabián y Sebastián y la de San Bartolomé. De Lérida a Fraga, cinco leguas de tierra “deleitosa y llena de arboleda, de manera que no da pesadumbre al que camina”, según Enrique Cook, arquero real. Descansa en Fraga, su villa natal, don Gaspar Juan de la Figuera, promovido a la diócesis de Albarracín y todavía obispo de Jaca. En la ermita de san Fabián y san Sebastián confirió el diácono a Calasanz. Era el 9 de abril de 1583, “sábado de las cuatro temporadas de Semana Santa”. Actuó de secretario don Jerónimo Pérez. No olvidéis estos nombres –Calasanz, la Figuera, don Jerónimo-, porque seguirán trabajando juntos. Sanahuja es un pueblo de la provincia de Lérida. Sobre un alcor se asentaba el palacio de invierno de los obispos de Urgel. Quedan ruinas y una rota espadaña que señala el sitio de la capilla. El sábado 17 de diciembre de 1583 don Hugo Ambrosio de Moncada promovió “al orden sagrado del presbiterado a nuestro afectísimo en Cristo José de Calasanz, del lugar de Peralta de la Sal...”

Dada la proximidad de la fecha, todo inclina a pensar que el nuevo sacerdote cantó su primera misa en la parroquia de Peralta el día de Navidad. Estaba cerca don Pedro, el padre, faltaba Juan, Pedro, Esperanza y la madre. La madre, especialmente. Sobraban intenciones para la misa primera. Tiene Calasanz ahora 26 años.

DE BARBASTRO A MONTSERRAT PASADO POR MONZÓN

AQUÍ, en Peralta estrenó Calasanz su sacerdocio. Y en Barbastro, su servicio a la Iglesia. Barbastro no es su diócesis. Pero cae cerca de Peralta. Y en Peralta queda su padre, a quien no puede ni debe dejar lejos. Por eso retiene su domicilio en el pueblo. Cuando el padre suba al cielo, cambiará él de domicilio y subirá hasta Urgel.

Ahora, enero de 1583, está en Barbastro, tal vez un poco arropado por los barones de Castro y Peralta, amigos del padre y parientes del obispo. La diócesis, erigida y cancelada, recobró sus derechos en 1571. Poco antes (1520.1553) habían construido su catedral en bóvedas estrelladas y columnas esbeltas en un estilo gótico renacentista casi aéreo. Ocupa la sede episcopal fray Felipe de Urriés, dominico. Viven con él varios frailes de su orden, uno de ellos muy siervo de Dios –fray Andrés de Medina se llama-,

que reparte limosna a los pobres y les enseña la doctrina. En un documento notarial de febrero de 1584 aparece Calasanz como familiar del obispo. Añade el P. Catalucci que “fue elegido por ayudante de estudio”. Había en palacio, para servicio de la catedral y del prelado, un grupito de pajes. Un sacerdote cuidaba de ellos y “les enseñaba gramática y virtud, criándoles en buenas costumbres”. ¿Fue Calasanz un maestro de los pajecitos de palacio? Pudo ser y entonces entendemos la frase del P. Catalucci y empezamos a vislumbrar el futuro de su magisterio.

Poco más sabemos de este año y medio pasado en la ciudad del Vero. Una inscripción latina, que adorna el arranque de la escalera noble del actual palacio episcopal, dice con cierto empaque: “honró y perfumó este palacio episcopal con su admirable vida y la santidad de sus virtudes”. El 12 de octubre de 1585 el sacerdote Miguel Balle nombra su procurados y albacea “al muy Rdo. y muy magnífico mossén Jusephe Calasanz, graduado en Sacra Theología, ausente de la ciudad”. Faltaba, sí, porque Fray Felipe de Urriés había muerto el 18 de junio. Enterrado su obispo en aquel sepulcro nuevo del presbiterio de la catedral, su familiar debía buscar nuevos aires. Los buscó y halló en Monzón, recomendado probablemente por el señor Ibán de Bardaxí, pariente de Calasanz y amigo de Figueroa.

Porque en Monzón iban a comenzar las Cortes de la Corona de Aragón. Era lugar céntrico para las tres naciones que integraban la Corona. Y sitio seguro, pues desde su castillo mantenían ojo avizor los caballeros de San Juan. A la villa llegó Felipe y la infanta Isabel Clara Eugenia. El 28 se inauguraron las cortes en la iglesia de Santa María del Romeral, que rige don Bartolomé Calasanz. Se levantarán cuando por el mes de noviembre el tabardillo siembre el pánico y la muerte y haga exclamar al rey: “¡Ah, Monzón, Monzón, que has venido a ser sepulcro de todos mis fieles criados!”

Informó el rey de la batalla de Lepanto, dirimió pleitos, tomó providencias de gobierno, armó caballeros, vio jurado a su hijo como Príncipe de Asturias, dio la noticia grata de la rendición de Breda... Quedó tiempo para estudiar la reforma de los frailes agustinos. Entraba en la línea reformista, querida por el rey, iniciada hacía tiempo por Cisneros, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara. El P. Francisco de Aguilar, nacido en Écija y asentado en Lérida, la pide ahora para su orden en la Corona de Aragón. Se formó la correspondiente comisión: la Figuera, el P. Diego de Chávez, dominico y confesor del rey, don Diego Fernández de Cabrera, conde de Chinchón, el justicia de Aragón don Juan de Lanuza y el P. Aguilar. Eligieron como secretario a Calasanz. Los agustinos de Roma quisieron saber más tarde qué pasó en Monzón. Y Calasanz, hombre de agradecido corazón y extraordinaria memoria, les contestó contesta página áurea: “El año de 1585, volviendo el rey Felipe II de Barcelona, hasta donde acompañó a la alteza del duque de Saboya y a la infanta de España, mujer de dicha alteza, vino el dicho rey a Monzón a tener las cortes o estado para los tres reinos de la Corona de Aragón. Hallóse allí entre otros prelados, don Gaspar de la Figueroa, natural de Fraga, obispo de Albarracín y electo de Lérida, a cuyo palacio vino a posar un padre llamado Aguilar, de la Orden de san Agustín, gran predicador y pequeño de cuerpo y me parece que era de aquellas partes de Sevilla. Y estuvimos ambos de compañía en Monzón en servicio de dicho obispo. Este padre Aguilar empezó a tratar con el dicho obispo de la reforma de su religión, y el dicho obispo con el confesor del

rey Felipe II, llamado el P. Chávez, de la orden de Santo Domingo, trató de esta reforma; y por este medio se comunicó después con el rey, el cual diputó una comisión para ajustar este negocio; y hallábanse en ella el dicho confesor del rey y el dicho obispo, y el conde de Chinchón y el justicia de Aragón y el dicho P. Aguilar. Y habiéndose juntado diversas veces, resolvieron a lo último el modo que se debía tener. Y yo fui llamado como secretario para hacer los despachos que se habían de mandar a Roma. Y esto fue el mes de agosto o septiembre del dicho año de 1585. Y los papeles fueron mandados a Roma de orden del rey a su embajador... y no he sabido otra cosa de este negocio hasta tanto que vi la reforma comenzada, a la cual Dios dé continuo aumento de espíritu y fervor. Yo, José de la madre de Dios, Ministro General de las Escuelas Pías, afirmo haberme hallado en el sobredicho tiempo en Monzón y haber escrito de mi mano los papeles referidos. Y por ser verdad he firmado la sobredicha relación en Roma a los 14 de diciembre de 1634”.

Salieron los papeles de Monzón el 21 de septiembre. En Roma los recibió el conde de Olivares y de la embajada española pasaron a la congregación de Obispos y Regulares.

En Peralta, por estos mismos días, se había agravado la salud de don Pedro. El 19 de septiembre hizo testamento cerrado y deja “por heredero ejecutor de su testamento y exonerador de su alma y conciencia a su amado hijo Mossén Joseph Calasanz, presbítero, habitante de este lugar de Peralta”. El hijo estuvo junto al padre. Era su deber. Que, además, Peralta dista 18 kilómetros de Monzón, dos horas apenas con un buen caballo.

Que lo diga él: “El dicho obispo –la Figuera- fue por entonces electo, con breve apostólico, visitador del Convento o Santuario de la Santísima Casa de Monserrate, y yo fui con él por su confesor y examinador”. Nuevo campo de acción. Y más complicado. El 28 de octubre están en la santa montaña. Con La Figuera y Calasanz llegaron el canónigo Jerónimo Pérez, secretario de la visita y el delegado real don Ibán de Bardaxí con su séquito.

En Monserrat habita una comunidad numerosa de monjes benedictinos. Y hay división entre ellos, en gran parte porque los catalanes desean una justa independencia jurídica y económica de la lejana congregación benedictina de Valladolid. Pero hay más. Hay viejos pleitos sin resolver, posturas encontradas sobre reforma sí, reforma no, injerencia de seculares sin escrúpulos, razones políticas de mucho peso... no entremos en detalles ingratos. Desde Roma han detectado “graves disensiones y discordias... escándalos... atroces y enormes delitos”. Al primer visitador, don Benito de Tocco, “dios se lo llevó” el 31 de enero, dicen que apretado por el veneno. Los cuatro meses de don Gaspar de la Figuera serán de trabajo intenso, aunque pronto entorpecido. Según el P. Armini, Calasanz oyó voces, adivinó peligros y puso en guardia a su obispo. Todo en vano. El prelado se indispuso y murió súbitamente. Y “a 13 de febrero de este año (1586) se le llevó Dios dentro de Montserrat!, escribe el juicioso y documentado fray Gregorio de Argaiz, copiando una frase dedicada a Tocco. Don Jerónimo Pérez regocijó las actas. El Dr. Bardaxí, en convivencia con don Juan de Zúñiga, virrey de Cataluña, quedó en el monasterio en representación del rey. No tardó en morir. Y uniendo ambas muertes –la del obispo y la de bardaxí- escribe el contemporáneo abad don Martín Carrillo: “Murieron los dos hombres con harta priesa, no sin sospecha”.

Dejemos las cosas ahí ¿para qué buscarle más rostros a la muerte? Calasanz lloró y rezó. Durante esos meses, aparte de su trabajo profesional, “quiso siempre estar retirado y habitar en una estancia desde donde con mucho gusto espiritual oía misa que en una capilla de enfrente se cantaba todos los días al amanecer”. Lo asegura el P. Catalucci, que puede recoger referencias directas de Calasanz. Responde, además, a la situación objetiva del templo: la imagen de la virgen se veneraba en una capilla lateral derecha, y los infantes cantaban diariamente la misa al rayar el alba... La devoción a la Virgen de Montserrat y su imagen sonriente acompañarán a Calasanz toda su larga vida.

Volvió a Peralta, para encontrarse de nuevo con la muerte. “El dicho obispo murió en dicha vistita y yo me volví a mi patria”. Lo escribió en la relación que le pidieron los agustinos. Don Pedro dictó su último testamento el 7 de noviembre de 1586, confirmando el año anterior y nombrando heredero de todos sus bienes a su hijo José. Murió poco después “en brazos de su amado hijo”. Juntos en la lucha y juntos al morir. Enterrado el padre en la iglesia, al lado de la esposa y de tres de sus hijos, recobraba él la libertad de su sacerdocio. Tal vez el único objeto material que sacó de su casa fue el cuño familiar: un sencillo escudo metálico, sin morrión, en el campea un perro con una bolsa entre los dientes al pie de un árbol frondoso. Llevarse el escudo era tanto como cargar con el entero código genético de los Calasanz. Utilizó el cuño pocos años pero lo retuvo junto a sí toda la vida. En la mesita de su cuarto lo encontraron cuando él murió. Lo encontraron, lo guardaron y lo siguen conservando sus hijos.

AL SERVICIO DE SU DIÓCESIS DE URGEL

CUANDO LLEGÓ Calasanz a Urgel en el invierno de 1587 –nieve y arte fundidos-, la diócesis estaba vacante. Su obispo, don Hugo Ambrosio de Moncada, había fallecido un año atrás. No sabemos qué día llegó. Sí que el 12 de febrero era secretario del capítulo de “prelados y canónigos” y maestro de ceremonias de la catedral. Llegar y besar el santo. Le iban bien ambos. Como secretario, aparte de su buena preparación intelectual, va a manejar con soltura el latín curial, y el catalán bien aprendido y practicado durante los estudios de Lérida. Tiene a favor otro instrumento valioso: su bella y limpia caligrafía. Para dirigir las ceremonias le guía su buen gusto litúrgico. En su biblioteca personal aparecieron, al final de sus días, el misal romano, un misalito con el que preparaba diariamente la eucaristía, el breviario que le regaló su amigo el cardenal Ghesi y el tomo de Juan Esteban Durando De *ritibus Ecclesiae catholicae libri tres*, editado en 1591. Todo un signo, sumadas cantidad y calidad... dos años desempeño estos oficios en Urgel. No fueron grandes las ganancias. Los riesgos sí lo fueron.

Que no andan los tiempos para muchas bromas. El bandolerismo es más que una plaga. Y los hugonotes y protestantes, llegados de Francia por los puertos abiertos del Pirineo, una pesadilla constante. Calasanz escribe, en nombre del cabildo, carta tras carta al virrey de Cataluña don Manrique de Lara y Girón. Se conservan doce de estas cartas. Pinta en ellas el peligro serio que vive la gente, la proximidad del enemigo, los cuerpos descuartizados que van sembrando los caminos... andan mezclados cuadrillas a sueldo, franceses y españoles vendidos a los franceses, enemigos de toda España y de la

fe católica. No le tiembla la pluma al escribir las palabras justas: delincuentes, ladrones, forajidos, malos hombres, bandoleros, gente facinerosa. Clamó pero no fue oído. Tuvieron que armarse los canónigos, para defender sus vidas. Calasanz redactó el “memorial de los arcabuces que se han dejado a los señores canónigos”. Él mismo figura en la lista: “Calasanz: un arcabuz con frasco y frasquillo, sin bolsa”. Lo devolvió el 27 de enero de 1589. Dos años con olor a pólvora, y los enemigos a un tiro de arcabuz.

Trabajó en el palacio y en la catedral. Vivió hospedado en casa del comerciante Antonio Janer y Catá, calle mayor, 5. Le admiró Antonio y le atendió con esmero su esposa Juana Tresfí, quedan los libros de cuentas, llevadas hasta el detalle por Antonio. Y gracias a esta minuciosidad conocemos qué limosnas daba el huésped, sus amistades, sus viajes, el nombre de su criado –Juan Coromines-, que llegará al sacerdocio... Uno de los asientos: dos libras y cuatro sueldos para comprar lana y tres palmos de tela, “porque las quería para vestir a Bernardí por amor de Dios”.

Ayudando al canónigo Rafael Comis visita canónicamente buena parte de la diócesis en octubre y noviembre de 1587: “estuvo ocupado en la misión 39 días”. El 12 de noviembre de 1588 le nombró el Dr. Antonio Gallart, Vicario General de la diócesis, párroco o plebano de dos pueblecitos colgados en la montaña, Claverol y Ortoneda. Se trata de un beneficio no residencial, que obliga a nombrar sustituto y produce algunos sueldos.

Por fin, y tras una carta de Calasanz al rey y otra al obispo, éste llegó a su diócesis. Estamos ante un personaje de superior categoría. Se llama Andrés Capilla, nacido en Valencia en 1529, doctor por Alcalá, jesuita primero y luego, no obstante los ruegos de san Francisco de Borja que le nombró profesor del Colegio Romano, cartujo para siempre. Ha estado en las Cortes de Monzón. Ha gobernado cartujas en España e Italia. Nombrado visitador apostólico por deseo de Felipe II, acaba de estar metido en la reforma de la Congregación claustral benedictina y de los Canónigos Regulares de San Agustín en Cataluña y Aragón. El 29 de enero de 1588 es ya obispo de Urgel. Pero no puede tomar posesión hasta el 24 de diciembre, víspera de Navidad.

Calasanz renuncia a sus cargos, como es de ley. Pero el obispo le nombra su familiar y provisor: “secretario y mayordomo de Monseñor reverendísimo” anota Janer. Esto le obliga a vivir en palacio y en comunidad. Porque Capilla se ha traído tres cartujos y viven juntos la regla de san Bruno. Calasanz también. Fueron sólo unos meses de vida regular y silenciosa. Pero abrieron surco en su corazón y en sus ideas.

Sí, le duró poco este remanso, porque capilla ha palpado sus cualidades y, arrastrado por la corriente católica reformista, le nombra el 28 de junio de 1589, con don Pedro Gervás de las Eras, visitador del arciprestazgo de Tremp, señorío temporal y espiritual del obispo. Tres días más tarde, los dos en la villa, Capilla nombra a Calasanz oficial eclesiástico del arciprestazgo, con atribuciones de Vicario General.

Tremp es una joya de la diócesis, bañada por el Noguera Pallaresa, con su colegio de dominicos en las afueras, su colegiata dentro y en ella 14 canónigos y beneficiados, con 60 parroquias bajo su jurisdicción... Pero la perla de esta joya es su Virgen de Vall de Flors. Una cofradía numerosa rinde culto a la señora. Se inscribe Calasanz en ella el 25 de septiembre, cuando apenas han pasado tres meses de su llegada. Sus firmas en los

libros de la cofradía terminarán siendo más que un testimonio histórico entre los devotos cofrades.

Y en seguida el ejercicio diario de la doble potestad, más la visita al cupo de parroquias que debía ver y reformar. Y no debieron hacerlo mal los visitantes, porque el 5 de mayo de 1590 Calasanz y don Pedro vienen nombrados “procuradores, visitantes y reformadores” de los oficialatos de Sort, Tirvia y Cardós. Amigos: aquí hay que asomarse al mapa. Desde Tremp, debajo de la Conca, hasta la línea que semana el comienzo de Francia, se extiende un mundo de belleza, de bosques, de ríos, de montañas cada vez más empinadas. Belleza y peligros hermanados. Hoy zigzagueamos seguros por estas carreteras, oyendo el rumor de las aguas que golpean locas contra las piedras, buscando el sosiego de los pantanos. Hace cuatro siglos el viaje en mula era una aventura peligrosa y a veces sin retorno, Calasanz estas montañas por malos caminos, llevando consuelo en sus palabras y líneas de reforma en sus decretos. Se necesitaba mucho aliento en el alma y mucho vigor en el cuerpo.

El punto más delicado el los cuatro arciprestazgos, más agudo cuanto más al norte, era el clero. Necesita doble reforma y a fondo, en lo cultural y espiritual. Intentarlo suponía caridad y firmeza. En sus viejos años, los hijos le fueron tirando a Calasanz del hilo de los recuerdos. Y gracias a su ingeniosa astucia conocemos hoy hechos y anécdotas reveladores. Los padres catalucci, Berro y Caputi los recogieron fielmente en sus escritos. Y a ellos nos atenemos.

Escribe el p. Catalucci: “Efectuando la visita por los montes pirineos, encontró al clero muy disipado y fuera de regla, por lo que dio e hizo cumplir muy excelentes ordenamientos y decretó pena de excomunión a los arciprestes y vicarios foráneos si no denunciaban a los inobservantes. Provocó esta medida sublevación del clero y del pueblo, llegando a pretender asesinarle. Pero viendo que todo resultaba a mayor gloria de Dios, se fueron calmando, y en señal de deferencia, le regaló aquella comunidad buena cantidad de quesos, mostrándole su gratitud y confesando que hasta aquel momento no había conocido su propio bien y cuán excelsa era su dignidad sacerdotal”. Más breve y de la misma fuente, este apunte de pastoral práctica: “se portó egregiamente, disponiendo que el clero viviese con mucha observancia y no acudiese a convites de personas seculares, sino que honestamente se recrease entre los eclesiásticos. Y apaciguaba discordias con suma prudencia.

Aquí hay que poner aquella escena del tiro de barra. Pasea Calasanz por las afueras del Tremp. Ve en un prado a un grupo de sacerdotes jugando a la barra. Se acerca. Le invitan. Tira y gana. Agradece, pero no acepta el premio material que corresponde al vencedor. Y establece otro, que cumplen todos: rezar hermanados unas buenas oraciones.

También es este el lugar de los curas coléricos y de su pacificación, acudieron a su tribunal eclesiástico. Cuestión de dineros. Les pidió sus razones por escrito. Les aposentó en su misma casa. Logró que fuesen ambos jueces de su propio pleito, hasta dar con la fórmula justa y equitativa. Les despidió fraternalmente y les dio algunas normas sabias para el futuro. No quiso cobrarles nada, “ni el mínimo gasto por la administración de su justicia”.

A estos casos familiares, un tanto hogareños, unía Calasanz en sus recuerdos romanos otros que, sin él pretenderlo, manifiestan su firmeza física y capacidad pacificadora. Sus cronistas, lejos del tiempo y de la concreta geografía, caen con frecuencia en incongruencias graciosas; un río puede ser el mar, una villa menuda se transforma en la gran ciudad de Barcelona. Pero lo esencial de la historia no se les escapa en ningún caso. Resumo tres de estos sucesos, ya clásicos, prescindiendo de barroquismos y detalles innecesarios.

Se detuvo junto al agua al ver que un grupo de paisanos tiraban de la maroma sin poder acercar la barca a la arena. Lo intenta él solo y puede lograrlo. ¿fuerza o maña? El cronista habla de marineros, mar y playa. Pero no hay que ir tan lejos, pues el mar está a cientos de kilómetros de Tremp y el Pirineo. Pensemos en las almadías que se deslizan Noguera Pallaresa abajo. Pensemos en el puente de Tremp, hundido en 1589. Una barca, tirada por una maroma desde la orilla, hacía puente y en ella cruzaban los viajeros el río.

Más completo el episodio del asnillo. Viaja Calasanz con su criado de un pueblo a otro. Maldice un campesino de Dios y de su suerte porque su borrico, hundido en el fangal, se pierde con toda la carga. Ni los gritos ni los golpes animan al animal. Ni el mismo criado, que se acerca para echar una mano. Por fin, baja Calasanz de su caballo, se quita la sotana, arroja ramas sobre el barro, se mete bajo el vientre del animal, lo levanta, lo saca a la orilla y se lo entrega a su amo... el asombro inicial del campesino se fue transformando en una compleja mezcla de admiración y agradecimiento. Calasanz se limpió como pudo, le dijo al buen hombre dos palabras justas sobre la blasfemia, montó a caballo y siguió su camino.

O este otro, más delicado, de la doncella raptada. “estaba para casarse una jovencita noble...” su belleza tentó a otro pretendiente más atrevido y mejor armado. La raptó y se la llevó. El suceso, aunque menudo, llegó hasta la corte del Rey Prudente. Cualquier revuelta podía ser peligrosa en aquellas tierras de bandolerismo endémico y proximidad a la frontera. Lo sabía de memoria el sagaz don Jerónimo Gasol, nacido en Tremp y asesor del rey. Pudo ocurrir el hecho en una villa de dominio temporal de la curia urgelitana. Y hay que hacer justicia, pero sólo quien tenga derecho. El encargado real pasó el aviso al obispo y este a Calasanz, “quien con toda diligencia y solicitud montó a caballo, no obstante la abundancia de nieves y con la autoridad que se le había dado, lo puso todo en paz, siendo restituida la doncella al caballero de su condición con quien debía casarse, con la alegría consiguiente de cuantos fueron concedores del caso”.

Calasanz ha trabajado estos dos años y medio, codo a codo, con don Pedro Gervás de las Eras, doctor en teología y decano de Senterada, nacido en Arén. En Arén vivía casada Isabel, la hermana pequeña de José. Este Dr. Gervás padece una vieja manía: cree que para reformar de veras al mundo hay que comenzar fundando escuelas y educando a niños y jóvenes. Peleó para abrir un colegio en Graus y otro en Arén. Se ocuparon del caso el rey y el consejo supremo de Aragón. Felipe II escribió una carta autógrafa a don Pedro y le llamó a Madrid. Don Pedro aconsejó al rey que algunas rentas mal aprovechadas por canónigos y monjes les irían de perlas a los proyectados colegios. El consejo supremo de Aragón informa que “la villa de Arén ha destinado mil ducados para ayudar al colegio que allí se ha de hacer y que los de Graus harán lo

mismo...”. También interviene el conde de Chinchón y sugiere se consulte a los obispos interesados y que estos oigan al Dr. Gervás. Para los viajes le asigna 500 reales.

En la idea cultural-reformista coincide Capilla con Gervás. Pero el obispo le dice al rey que “por lo que toca al colegio para los Ribagorza, está suficientemente provehído con la Schola Christi de los dominicos de Tremp”. Él se traerá más tarde a los jesuitas para que le lleven en Urgel el seminario y el colegio de San Andrés. No fue consecuente, pero sí práctico.

En Urgel, en Tremp, en los senderos y caminos de la montaña, Calasanz habló de enseñanza y escuelas con Capilla y Gervás. Calasanz, más joven que sus amigos y curiosamente receptivo, participa con ellos de la realidad y sopesa las nuevas fórmulas. Verá en Roma la misma postal reproducida y ampliada. Y dará con la solución, sólo que a nivel universal y permanente. Uno se pregunta: sin estas andanzas y experiencias de ahora, ¿habría llegado en Roma, y tan pronto, a ponerse en práctica el “piedad y letras” como lema de formación integral de la juventud?

Tampoco descuido Calasanz sus parroquias de Claverol y Ortoneda. No le sobraba tiempo ni era fácil llegar hasta ellas... hice, hace algún tiempo, ese viaje en una tarde fría y subiendo desde el valle. Conservo de aquella tarde unas notas manuscritas.

En Pobra de Segur y Pont de Claverol, cada cual a una orilla del Noguera Pallaresa, bullen el agua y las plantas, hay que subir y subir por una carretera estrecha, que trepa como puede entre viejos olivos, a la montaña. Arriba, sobre una meseta de piedra. Asienta Claverol su puñado de casas y su recio templo. Viven aquí fijas cinco familias. Los muertos descansan a la sombra de la iglesia, mirando al sur y empezando la resurrección. En invierno canta el cierzo como un violín enloquecido.

Pero el asombro no termina aquí. Aquí sólo terminan el asfalto y los olivos. Sigue un camino duro de guijarros y tierra roja, que serpentea entre barrancos, buscando el infinito, hasta Ortoneda. A la entrada espera la iglesia románica. Unos metros después, en una depresión del terreno, el pueblo hundido en el silencio. Desde Pobra de Segur, 12 kilómetros.

Visitó Calasanz a sus feligreses más de cuatro veces. En Ortoneda firmó un documento, siempre guardado en el sagrario, el 20 de abril de 1951: concede “por justísimas causas” que pueda estar reservado el Santísimo en el templo. El 6 de septiembre permuta se plebanía por un personado de 17 libras y 10 sueldos para pagar trigo y repartirlo entre los pobres de Claverol y Ortoneda”. Los pobres de ambos pueblos disfrutaron el regalo año tras año “en pascua y en pentecostés” desde 1618 hasta 1833.

Al subir y bajar de sus parroquias se hospedaba en la casa amiga de los Motes, en Pont de Claverol. Tuvo suerte esta familia. El padre, Francisco Montes construyó su casa junto al río y en ella una capilla pública, dedicada a la Madre de Dios del Rosario. Calasanz bendijo la capilla y celebró en ella la primera misa. No rompió la distancia esta amistad. Desde Roma llegó una carta, firmada por Calasanz el 8 de septiembre de 1637. Y el 20 de octubre del mismo año concedió a la familia Motes la Carta de Hermandad de su Orden de las Escuelas Pías. Con razón le tenía presente en su casa, en recuerdo y en figura. Don Manuel Motes nos lo recuerda así: “Y he visto también en dicha casa de mis padres una efigie suya de medio cuerpo, que se estima y aprecia

superlativamente por ser de mano muy diestra y que vio vivo y muerto en Roma al venerable patriarca, padre Joseph de la Madre de Dios, fundador de las Escuelas Pías”.

Y también Tremp supo guardar el recuerdo. Don Jaime Galí, hijo y sacerdote de la villa, les contó a los escolapios en Roma en 1666: “En Tremp tienen gran devoción todas aquellas gentes al dicho venerable Padre y besan con grandísima devoción las firmas que estampó mientras era oficial...”

El 3 de diciembre de 1591 sigue Calasanz en Urgel. Pero anda ya de renunciadas y despedidas. Renuncia al beneficio de Monzón y al oficialato de Tremp. Se despide de los amigos, pasa de visita y despedida por Arén, Benabarre, Peralta... No hay que dar un abrazo a los parientes vivos. Hay que rezar por los muertos.

Don Francisco Motes conoció muy bien a Calasanz en Tremp y en la casa que levantó su padre en Pont de Claverol. Cuando muera Calasanz tendrá don Francisco 73 años y una memoria fidelísima. Contó cómo bendijo la capilla y la estrenó con una misa. Ahora nos dice: “luego se marchó... a Barcelona a los estudios”. Su obispo le manda a Roma. Pero antes hay que pasar por la Ciudad Condal. Y a los estudios, a la universidad, hasta ahora ha firmado como bachiller o como profesor en sagrada teología. Dentro de dos meses firmará como doctor. Nadie ha puesto en duda este doctorado. Pero muchos se han preguntado dónde sacó el título. Y hay respuestas para todos los gustos. En Lérida, en Alcalá, en Valencia, en Huesca, en Perpiñan, en Tarragona, en la Schola Christi de Tremp, en el colegio de Belém en Barcelona, en el Colegio Romano... da lo mismo. Pero don Francisco Motes dice que fue “a Barcelona a los estudios”. Y como un texto vale más que mil suposiciones, nos acercamos a la verdad diciendo que se hizo doctor en la Universidad de Barcelona.

Y siguió el viaje, una doble relación tardía habla de un sueño y unas voces. A Calasanz le pareció estar en Roma, enseñando a los niños a vivir cristianamente, y cuando les acompañaba a sus casas ve “que los ángeles se le sumaban en la tarea de acompañar a aquellos pobres”. Y las voces. Las oye distintamente: *ve a Roma, José, ve a Roma*. El hombre dialoga desconcertado ante la visión y las voces.

Es más normal y sencillo escuchar a don Francisco Motes: “digo que siendo yo de catorce o quince años de edad le conocí y vi muchas veces por ser amigo de mi padre. Como si ahora mismo lo estuviese viendo, era hombre alto, de venerable presencia, barba de color castaño, cara alargada y blanca... dicen que tenía intención de ir a Roma para obtener alguna dignidad, digna de sus cargos”.

Así era él. Y eso pretendía. Fue a Roma. Si por mar o por tierra, no se sabe. Pero buscando una dignidad, una canonjía, que le dé seguridad económica y proximidad a la familia... se va contento. Es noble la intención. Y el viaje corto, de ida y vuelta. Eso dice él.

ROMA

PUDO llegar Calasanz a Roma mediado febrero de 1592. Gobierna la iglesia Clemente VIII. Es embajador de España don Antonio de Córdoba y Cardona, duque de Sessa, “El Duque con seso” que le gustaba decir al Papa. La ciudad se ha repuesto del susto y

disgusto del Saco de 1527. Tiene ahora 116.698 ciudadanos si hemos de creer al último censo. No es grande el número, pero sí son grandes las diferencias. Manda un reducido número de familias nobles. En los trece riones o barrios en que está dividida la ciudad hay otros tantos maestros, uno por rión. Centros privados, el Colegio Romano de los Jesuitas y algunas escuelitas de la confraternidad de la Doctrina Cristiana. La universidad lleva un título rumboso: La sapienza, La sabiduría. Palacios, fontanas, mármoles abundantes. Y mucha pobreza. Al poco de llegar, lo escribió Calasanz: “después que murió Sixto V (1590) es la ciudad más cara de Italia y padece mucho la gente común”.

Llegar y empezar a escribir. Conservamos cinco cartas, dirigidas al párroco de Peralta don José Texidor, entre mayo de 1592 y junio de 1599, que van retratando el alma del romero. Las cuatro primeras llevan el cuño familiar y la firma del doctor Joseph Calasanz. En la última faltan el cuño y el doctor. Algo ha cambiado entre aquel mayo y este junio. Varias cartas más se han perdido. Una pena, porque nos privan de noticias capitales. Él mismo alude alguna vez a esas cartas pedidas: “por el camarero Escala de Benabarre he escrito a vuestra merced del suceso de mi camino y llegada”. No sabemos cuál fue el camino y cómo llegó a Roma, porque falta esa carta. Y antes de firmar: “las (cartas) que van con la presente mandará dar vuestra merced”. ¿Cuántas y para quienes? Quedan sin respuesta los interrogantes. Éstos y varios más que se desprenden de otros escritos.

Pero dejemos las cosas ahí, que no se tapan con suspiros los agujeros de la historia. Pudo pasar las primeras noches en el hospicio de Santiago de los Españoles. Entregó las cartas de recomendación. Y encontró enseguida a don Rafael Durán en la plaza de los doce apóstoles. Canónigo y procurador de la diócesis de Urgel, unos enredos poco limpios le hicieron perder la confianza del cabildo. Le hospedó en su casa, entregó los papeles a Calasanz y se volvió a su canonjía. En la misma plaza se alzaba se alza el inmenso palacio rojizo de los Colonna. En él vivía, como procurador de la diócesis de Tarragona, don Bartolomé Compte. De su mano entró Calasanz en el palacio, para ser familiar y teólogo del “viejo” cardenal: “yo tengo asiento en la casa del cardenal Marco Anthonio Colonna que se llama Baltasar Compte, muy querido y favorecido del dicho Cardenal por cuyo medio he yo entrado en su casa”.

Este canónigo Compte, tan apreciado, no era oro limpio, aunque luciese tanto, era por lo menos un oportunista aprovechado, un pícaro que dará con sus huesos en la cárcel cuando retorne a Tarragona. Ahora, buscando su interés, nos hará un gran favor. Necesita dinero. Le presta gratis Calasanz 200 escudos. El documento, firmado por el notario Vicente Panizza, fecha la primera fecha conocida de Calasanz en Roma -27 de febrero de 1592- y la categoría de donante: “reverendo José de Calasanz, de Peralta, diócesis de Urgel, doctor en sagrada teología”.

Ha vuelto Calasanz a sus días de palacio. Pero entrar en el Colonna es penetrar en la misma esencia de la nobleza y de la Roma barroca. Queda cerca de la embajada española, de la dataría apostólica y pared por medio de la basílica de los doce apóstoles. Buen lugar para medrar. El palacio guarda con respeto la habitación de san Carlos Borromeo. A Calasanz le han dado otra, menos solemne pero más funcional: una de sus ventanas da al interior del templo. Buen lugar para meditar y rezar ante el sagrario.

Entre 1592 y 1600, que moró en el palacio, servirá a dos cardenales, el tío y el sobrino. El “viejo” cardenal es todo un personaje, lleno de méritos y títulos. Un tanto liberal, sí, y no muy en línea con la reforma tridentina. Para bien de la familia y honor del apellido, dio aliento en su casa a Calasanz.

Cuando falleció el 14 de marzo de 1597, le sucedió su sobrino Ascanio, formado en Salamanca y Alcalá. Le honraron Felipe II y Felipe III. Cervantes le dedicó *la Galatea* con palabras muy risueñas. Chacón pinta su conducta antes de ser cardenal: “Todas las fiestas, después de comulgar, empleaba la mañana en conversaciones y sermones sagrados”. Y una minuta de la embajada española dice tras el nombre de Ascanio: “Colonna bien conocido, de mucha nobleza y partes. Todo español”. Lo era, en efecto. La lengua familiar del palacio era el español. Ascanio quiso más: que la casa fuera gobernada “no sólo a la manera española, sino de forma españolísima”. Se entenderá muy bien con Calasanz los tres años que vivan juntos.

Calasanz entró en el palacio para ser teólogo y familiar. Al cargo de teólogo aluden sin excepción los testigos del proceso. Suponía mucha ciencia y mucha honra. Dice el P. Fedele: “era hombre docto, tanto en derecho civil y canónico, como en filosofía y teología, y por ello fue elegido aquí en Roma por teólogo del cardenal Colonna. Y esto lo sé por haberlo oído decir a los señores Colonna”. Y según el P. Berro, se conquistó en aprecio del cardenal a golpes de verdad: “Era sumamente amado del príncipe cardenal, porque lo conocía, entre otras virtudes, como muy leal en el hablar, no adulando, sino mostrando humildemente la verdad sobre el asunto en torno al cual le preguntaba, aún cuando fuese contrario a la opinión de su eminencia”.

Lo de familiar era más elástico y entraba en el plano espiritual. Hablan los biógrafos de dos sobrinos del cardenal. Marco Antonio y Felipe, y le asignan a Calasanz su educación. No hay que entender esa educación en sentido académico. Sí en el ámbito formativo. El P. Armini dio seguramente en la diana: “Se le asignó también el cargo de director espiritual de sus sobrinos, que no salían ni entraban sin su licencia”.

Y se aplicaba esta dedicación pastoral a la numerosa “familia” del cardenal. Especialmente durante la sabatina semanal en la sacristía. “todos los sábados –declaró el P. Silvestre Belli- por la tarde predicaba una devotísima plática en la sacristía a toda la familia del eminentísimo cardenal, con orden expresa de su Eminencia de que no faltase absolutamente nadie”.

Un día dejará el palacio, pero no se borrará el recuerdo de su presencia. Anciano ya, no puede volver. Vendrán a verle los dueños del palacio. Valga por todos este testimonio aportado por el P. Scasselatti, testigo de total solvencia. “me contó últimamente la misma señora Ana Colonna que en casa del cardenal, su tío, era estimando por todos como hombre santo, y mostraban luego tener a gran mérito y gloria suya haberle tenido en su casa. Y yo he visto muchas veces al condestable Colonna y a su señora ir a San Pantaleón a buscar en la sacristía al venerable anciano”.

NOSTALGIA DE LA PATRIA

LA COMODIDAD del palacio no le quitó la nostalgia de su tierra, de los amigos lejanos, de las hermanas y sobrinos. Acrecía el amor tanta distancia. Dice en su primera carta romana: “deseo mucho tener nuevas dessa tierra y pues el correo pasará cada mes por Lérida, podrá v. m. escribirme”. Llegaron la respuesta y el gozo cumplido: “Con la carta de v. m. he recibido particular contento y merced, entiendo por ella las nuevas que por esa tierra tienen, que como natural della de su bien me huelgo y de su mal me ha de pesar”. Se huelga de que su sobrínico estudie. Se llama el chaval Antonio Juan. Es hijo de su hermana Magdalena. Y promete el tío pagarle los estudios “hasta el cabo”. A su hermana María y a sus hijas les manda encomiendas. Y qué ganas de acabar, para volver: “deseo mucho volver presto a España”.

Por estos mismos años nostálgicos de la patria lejana escribió Calasanz, en italiano insipiente, una página muy matizada. Zaragoza y Roma, Roma y Zaragoza en diálogo de contrastes. Se va contraponiendo en la enumeración el doble cambio religioso en ambas ciudades. Y enumera sus agentes, tiranos y mártires, con la ventaja para Zaragoza... “que Roma envió a Zaragoza tiranos que martirizasen a sus hijos y Zaragoza envió a Roma al invictísimo mártir san Lorenzo que la hizo triunfar de la falsa veneración de los ídolos”. Latassa dice que el autor intituló su escrito *Prerrogativas de la ciudad de Zaragoza*. No aparece el título en el autógrafo de original, pero responde al contenido. Al final de forma inesperada, un texto latino y litúrgico, verdadera confesión pilarista.

Impulsó el escrito probablemente la publicación de la *Collectio conciliorum hispaniae* del canónigo de Toledo García de Loaysa en 1593, reproduce un códice medieval apócrifo que niega la venida de Santiago a España y, en consecuencia, su evangelización de la península. Baronio, sin reparar en el apócrifo, picó y fue más allá en sus consecuencias históricas. Redujo la predicación del apóstol a simple leyenda. Y convenció a Clemente VIII, que ordenó corregir el breviario. Calasanz sufrió este nuevo rumbo romano. Así tendrían total sentido las últimas líneas: “palabras de la virgen a Santiago” << y permanecerá este pilar en este lugar hasta el fin del mundo, y nunca faltarán seguidores de Cristo en esta ciudad>>. Y por eso guardó siempre este folio, sin corregir siquiera su ortografía y sintaxis italianas... Este breve texto esencial y el cuño traído de Peralta le irán recordando, al verlos, sus propias raíces.

El año de 1593 fue de dolor y regalos. En febrero ha muerto Magdalena. La noticia le ha hecho sangrar de nuevo la herida del pecho: “para mi –escribe- ha sido la nueva de más sentimiento que se me podía dar”. Y es también nuevo aliciente para el pronto regreso: “yo procuraré con la brevedad que pueda de dar la vuelta, porque en todo extremo desseo ver a la sobrinas que tengo en esse lugar en el estado en el que es razón”.

Le tiran la casa y la familia. Ni se le van del recuerdo los sacerdotes de su parroquia. Con ellos ha pasado retos muy gratos. Aquel año, cuando murieron Pedro y la madre... Aquel otro año, a la vuelta de Montserrat a su lado. En todas sus cartas romanas les tiene presentes: “A todos esos señores reverendos y amigos dará v. m. de mi parte besamanos”. Saben ellos que es hijo de “maese Pedro” el herrero. Tenía que haberse

quedado allí. Pero Dios le ha cambiado de oficio. Ahora compra en Roma un cáliz valioso y artístico. Lo manda grabar. Y se lo envía como regalo. Las cinco palabras escritas al pie de cáliz valen por un poema: *Pro ferro, aurum et argentum*. 1593 si vais a Peralta, pedidlo para verlo. Y si sois sacerdotes, celebrad con él la eucaristía.

Con el correr de los años terminó. Era lo normal en un hombre normal. Pero sin renegar de su patria. En 1632 duda que Venecia, poco amiga de España conceda su Instituto franquicia postal, “por ser yo aragonés de nación, aunque romano de sentimiento y costumbres”. Dice la verdad. Como era cierto que sintió siempre por sus paisanos. Testificó Juan Garcén: “El dicho Sr. Calasanz estando en Roma acariciava y recibía muy familiarmente a la gente que hiva allá del dicho lugar de Peralta, preciándole de esto por ser hijo natural del dicho lugar... y a Ramón Gazén, por ser de Peralta le recibió con mucha benignidad y amor y le preguntó de sus deudos e hijos de sus hermanas y de otras personas del dicho lugar de Peralta que eran contemporáneos suyos, dándole cuenta y preguntándole de cosas muy particulares del dicho lugar de Peralta, en donde él había nacido”

Recibir, acariciar, preguntar... Volver no pudo. ¡Aquel billete de ida y vuelta!

SOBRE CANONJIAS Y OTRAS MERCEDES

EN LOS PLANES de Calasanz al llegar a Roma entraba conseguir una canonjía. Y el palacio Colonna era segura plataforma para lograrlo. Hizo en seguida buenas amistades: la de Dr. Francisco Peña, nacido en Vallarroya de los Pinares (Teruel), ahora auditor de la Rota para la Corona de Aragón, juez apostólico y “prior de la encomienda de la iglesia de san Bartolomé sobre el castillo de Calasanz”; la de don Jaime Palafox, camarero secreto del Papa y más tarde Marqués de Ariza; la de “un fraile Crttuxo, amigo mío” y deudo del mayordomo; y la muy valiosa de don Pedro Ximénez Murillo, zaragozano y secretario del embajador Duque de Sessa.

Empezó en seguida: “pretendí luego en llegando un canonicato de Urgel”. Ayudado por Ximénez Murillo y Jaime Palafox obtuvo la gracia. Pero como vino se fue. El datario, Lucio Sasso, dijo que el pretendiente era “nuevo en la corte” y podía esperar... Muere en Urgel el canónigo Sorribes. Corre el cardenal Colonna y le consigue el canonicato. Pero Sorribes “había muerto en el mes ordinario y así no tuvo effecto”. Dos intentos, los dos logrados, los dos frustrados. Aparecieron posibilidades seguras en Albarracín y Teurel, “pero por ser tan laxos –de Peralta- no he querido pedirlos”.

Surge una nueva esperanza, en Barbastro y en marzo de 1594. Tras el correspondiente examen, le hizo el Papa canónigo lectoral y penitenciario. En la sacristía de la catedral hay un cuadro de san José de Calasanz. Es del siglo XVIII. Lo encargó y pagó el cabildo. Estos canónigos se sintieron honrados con un colega santo. Estos, porque los de 1594, obispo incluido, le hicieron la pascua, hasta impedir que se sentara con ellos en el coro. Porque da cierta pena, os lo cuento brevemente.

Conocida la vacante, la pretenden a un tiempo los doctores Castillo, Latorre y Navarro. Lo sabe Calasanz, y logra del papa un monitor que obliga a retirarse a los

pretendientes. Llega el monitor “para que se me dé posesión”, y nada. El cabildo dice que in inválido. Navarro, el más listo, viaja a Roma, habla, arguye y le dan la canonjía. Tampoco la admiten en Barbastro. Muere el obispo. La torre se mete capuchino “por celo de la religión y fruto de mejor vida”. Castillo entiende que Roma es la que manda. Viaja, defiende su causa y... logra la canonjía. Ya tenemos tres canónigos. Los tres nombrados por Roma en el término de un año y para una sola vacante. O han perdido la memoria, o hay demasiado trapicheo en Roma. Felipe II previno a su embajador antes quienes actuaban “con siniestra relación” para conseguir prebendas y ante las razones poco serias con que Roma las concedía”.

Visto lo sucedido, Calasanz instruye pleito a Castillo y el 27 de agosto de 1596 la curia romana le devuelve la canonjía. Dos veces canónigo, y ni por ésas. Hubo que llegar a un arreglo: que se sienta Navarro en la poltrona y pague a Castillos 30 ducados anuales y 36 a Calasanz, más un plus de 60 escudos por los gastos del pleito. Tampoco los cobró, debido a la pereza de su cuñado y su sobrino de Benabarre. Y escarmentado de familiares y canónigos, renuncia a todo cargo residencial y sólo quiere algún beneficio que le ayude a “una causa pía que yo tengo propósito de hacer”. Buen paso es este, y tendrán que agradecerse a los niños.

Por estos mismos años le llovieron regalos de mayor calado. No los acepta, porque su suerte está ya echada. Es bueno contarlos, para mejor valorar la renuncia.

Primero en Zaragoza. Felipe II quiere que canónigos seculares sustituyan a los regulares de san Agustín en el cabildo de La Seo y que sean 24, “que se han de tener por los mejores sujetos del Reino de Aragón, todos tenidos por Christianos viejos, limpios y de buenas costumbres”. Manda a su embajador una lista de nombres fijos, residentes en España. Y deja tres a elección de Sessa, “para que los hagáis de los ocho aragoneses nombrados en la memoria que va con ésta, que se entiende que están en esa Corte”. Lista y memoria son de 1594. Se puso en marcha todo el aparato indagatorio. El documento referente a Calasanz, y hallado en Zaragoza, dice: “el Dr. Josephed de Calasanz, natural de Peralta, jonto a monçon, que está en Roma”. Y al margen: “limpio”. Es decir, sin gota de sangre mora o judía... El sermón impreso de sus funerales dice: “Le nombraron canónigo de la santa Yglesia de Çaragoça”. El P. Berro une este nombramiento a la petición que le hicieron en 1600 para que aceptase ser párroco de santa Dorotea. Dijo que no porque para atender a la parroquia necesitaría desatender a las Escuelas”. Y en cuanto al canonicato que Berro pone en Sevilla –otra vez la geografía revuelta- respondió al secretario del embajador: *Encontré ya en Roma la manera definitiva de servir a Dios, haciendo bien a los pequeñuelos. No la dejaré por cosa alguna del mundo.*

Dicen que santa Teresa, al saber que un amigo había aceptado un canonicato, exclamo con su pizquita de ironía: “tenía vocación de santo y se quedó en canónigo” No habría dicho lo mismo de Calasanz, oída su respuesta en la Embajada... ¿Sentía ya la voz callada que le llamaba a ser santo?

En 1605 le ofreció Felipe III el arzobispado de Brindisi. Así lo aseguran el P. Caputi y los testigos Jiménez Barber y P. Scassellati. Declinó Calasanz la oferta y la inclinó hacia su amigo Juan Falces, fraile Jerónimo de El Escorial y nacido en Azanuy, cerca de Peralta. Y en esta escala ascendente de gracias y renunciaciones, dicen lo mismo el P.

Scassellati y el H. Francisco Noberasco que rechazó la púrpura, apenas supo que Paulo V le había incluido en una lista de nuevos cardenales... Navegaba ya su espíritu por mares muy serenos en los que, más que ayudar, estorbaban las mitras episcopales y los capelos cardenalicios.

TOCADO POR DIOS

PEDRO CALASANZ hizo en Roma bastante más que buscar y rechazar beneficios. Ya conocéis su misión en el palacio Colonna. Y añade Berro que, al poco de llegar a la ciudad, le nombró el cardenal Borgheese confesor y capellán de las monjas de San Silvestre en Campo Marzio. Les celebraba la eucaristía “con gran devoción”. Y guiado suavemente el monasterio, cambió de rumbo y aceptó las normas de vida común propiciadas por el concilio Tridentino. Algo después le sumó el cardenal Lanti la capellanía de las carmelitas descalzas de Capo le case. La ayudó, mientras se lo permitieron sus quehaceres. Y se quedaron “ellas con gran dolor” cuando se despidió para atender a sus escuelas.

En su ánimo se fue abriendo camino la determinación. Por los desengaños y, sobre todo, por un más directo encuentro con Dios. No andaba mal de dinero: la herencia paterna, el sueldo en el palacio, las capellanías, aquellos pellizcos de su plebanía, y 20 ducados de oro que le producía desde 1593 un beneficio obtenido en la villa de Fraga. Jiménez Barber hace ascender su renta anual a 2.000 escudos.

“Pero luego –dice el pintor Gutiérrez-, tocado por Dios, reconoció que todo lo de este mundo es vanidad” Y Tomás Simón añade un nuevo matiz: “Se resolvió a otro tenor de la vida, diciendo que la tal vida por él comenzada no era para él, y por ello se entregó totalmente al espíritu”. Ambos testigos conocen bien a Calasanz, el primero por vivir en la misma casa y el segundo por ser proveedor de formas para las misas en la iglesia de San Pantaleón.

No es la visión mística todavía. Pero Dios se le ha hecho contradicho en el camino. Hay que seguirle y acompañarle. Hay que servirle en su iglesia y en sus pobres.

El primer paso práctico fue inscribirse en las principales cofradías romanas. Empezó por la de los santos apóstoles. Objetivo principal: visitar a los pobres y enfermos de los barrios, llevándoles dinero y consuelo. Trabajó desde el 27 de mayo hasta el 2 de agosto de 1601. Y no perdió el tiempo, no. Asistió 239 veces a las sesiones, hizo 159 visitas a once barrios, repartió más de 539 escudos, unos de la caja común y otros de su propio bolsillo. Entre los barrios visitados, el Trastévere. No olvidéis este dato.

Entre finales 1597 y principios del 98 se inscribió en la cofradía de la Doctrina Cristiana. Su título habla del fin y programa de trabajo. De la mano de sus cofrades entrará en la escuelita de Santa Dorotea. Un paso más y aparecerán las escuelas pías... otro cabo que queda suelto y habrá que atar luego muy fuerte, muy fuerte.

La tercera se llamaba cofradía de las Llagas de san Francisco. Le registraron con precisión. “Don José Calasanz, sacerdote de la diócesis de Urgel en casa del ilmo, cardenal Colonna, el 18 de julio de 1559”. En la iglesia de la Llagas asistió a los actos piadosos y de mortificación, según el reglamento de la cofradía. Permaneció inscrito

hasta su muerte. En la basílica de los Doce Apóstoles había descubierto la figura de san Francisco. Como hermano de las Llagas asimiló su espíritu y se enamoró de una dama, llamada pobreza. Desde aquí partió hacia Asís y aquí sentirá las delicias de este enamoramiento.

Durante el año santo de 1600 se inscribe en dos nuevas cofradías. El 10 de julio en la de la Santísima Trinidad de peregrinos y convalecientes, fundada por san Felipe Neri, poblada de grandes personajes eclesiásticos y rica en indulgencias. Obliga a sus socios a la adoración del Santísimo, a visitar en los hospitales a los enfermos y a recibir y catequizar a los peregrinos para ganar las indulgencias. Se desvió Calasanz a favor de los peregrinos con el tiempo y limosnas, trazándoles a la vez pistas interiores para que volviesen a sus casas con el jubileo ganado... Y el 17 de septiembre ingresa en la de Santa María del sufragio, alentado por su amigo Juan Francisco Fiamelli. Debían sus cofrades acompañar al Señor en la función religiosa de las Cuarenta Horas, preparar a bien morir a los enfermos y rogar por las almas del purgatorio. Este año santo causaron impacto en Roma los hermanos del Sufragio. Y tanto trabajó Calasanz que el pintor Gutiérrez no duda en afirmar que “fue uno de los fundadores del sufragio”. Tanto no, pero sí debió ser grande su ayuda. Y además, aquí se relacionó con Berlamino y Baronio y acrecentó su devoción a san Gregorio Magno.

En el convento carmelita de la Scala se hizo socio del Oratorio de Santa Teresa. Quiso él entrañablemente a la santa, asistió a su canonización y recomendó sus escritos. Aquí trabó amistad con varios carmelitas, que serán un día sus mejores consejeros. Aquí le pintaron ellos en secreto y pusieron su retrato “sobre la portezuela correspondiente a la capilla del dicho oratorio a la parte de la epístola”.

Una tradición no desmentida le incluye entre los cófrades del Santísimo Sacramento en la parroquia de san Eustaquio. Tenía esta cofradía como fin primario acompañar al Señor, llevado como Viático a los enfermos. Como testimonio de la presencia y compañía de Calasanz, un cuadro suyo presidido durante siglos la sala de juntas.

A esta caridad polifacética, cordialmente practicada, hay que añadir sus frecuentes visitas a la Madonna dei Monti. La descubrió años atrás, como visitador de los santos apóstoles al <<rione>> homónimo. Le conquistó la sonrisa de la virgen sedente y del niño apoyado en la rodilla izquierda de la Madre. Se aprendió el camino y seguirá recorriéndolo mientras tenga fuerzas y encuentra un hueco en sus tareas. Ella le devolverá la visita poco antes de que su fin devoto esté para emprender el último viaje.

En Roma además de palacios y cofradías, hay basílicas. ¡Qué tesoros de arte acumulados! U cuanta devoción en estos años de contrarreforma y peregrinaciones jubilares. San Felipe Neri, a quien sin duda Calasanz conoció y trató, fue el líder indiscutible del invento. Él metió, a fuerza de gozo y tesón, en el corazón de los romanos la práctica un poco folclórica y otro poco penitencial de visitar las siete basílicas. En el grupo de los convencidos entraba Calasanz. Le agradó la idea: era buen caminante. Adivinó la gracia escondida: era buen teólogo. En la práctica, hizo lo que pudo. Recorrer las siete basílicas equivale a meterse en uno y otro pie 20 complicados kilómetros. Llegar a la meta no es simple cuestión de un buen deseo. Hay que contar que Calasanz visitó “diariamente” las siete basílicas durante el año santo de 1600. “casi todos los días”, matizó el P. Morelli. “muy a menudo”, escribe el juicioso P. Berro.

Dada por segura esta entrañable devoción calasancia vamos a quedarnos con que algunas veces hizo el recorrido completo durante el año santo y con frecuencia a las cuatro basílicas mayores: San Pedro, San Pablo, San Juan de Letrán y Santa María la Mayor.

Ahora, esta peregrinación basílica va unida a la práctica de sus cofradías. Y es ascesis pura, cálida, metódica. El misterio se manifestará después. Que para quemar las naves hay que construirlas primero y abrir con ellas unos cuantos surcos profundos y rectos en el mar.

LOS LUGARES SANTOS DE ITALIA

LA ÚLTIMA carta escrita por Calasanz a su amigo, el Ilustre y muy reverendo Señor Joseph Texidor”, lleva fecha del 27 de junio de 1599. Y casi al final indica su deseo de airearse un poco fuera de Roma y visitar “lugares de gran devoción” Estas son sus palabras: “Yo he deseado ver algunos lugares de gran devoción que hay por Italia como son la santísima Casa de Loreto, el monte de la virgen donde san Francisco recibió las llagas, el Montecassino y Monte vergine y volverme a Roma para el año Santo y no me ha sido posible hasta ahora, todavía pienso hazerlo con el favor de dios”.

Parece que el deseo no era nuevo. Las ocupaciones le han impedido cumplirlo. Y ahora no quiere retrasarlo, porque se le echa encima el Año Santo y hay que prepararse a conciencia.

Que visitó estos lugares es evidente. Pero otra vez empiezan los eruditos a echar cuentas, discernir fechas, y terminan por no ponerse de acuerdo. Unos, que fue ahora, en 1599. Otros, que más tarde, hacia 1614. Puede que los unos y los otros tengan razón. Porque aunque Calasanz no lo diga de expresamente, bien pudo hacer dos viajes. Éste de 1599, con geografía más amplia y curiosidad más despierta. Y el de 1614, únicamente a la ciudad de Asís, para pedirle al Poverello respuesta a cierta pregunta inquietante.

El P. Berro da estos viajes por hechos. Y asombra que, sin conocer la carta de Calasanz, coincida en la enumeración de los lugares visitados. Pero es bueno y saludable, mientras se lee todo el relato de Berro en sus *anotaciones* fijarse en estas expresiones plurales: “A tal fin hizo varias peregrinaciones”. Y un poco después: “Sé que *varias* veces fue a visitar a nuestra Señora de los Ángeles en Asís, para indulgencia del 2 de agosto”. Bien, que sigan los eruditos rizando el rizo de sus razones. Nosotros dejemos tranquilo a Calasanz, para que pueda peregrinar con paz sosiego.

Y se puso en marcha. Os invito a que miréis el mapa, esta bota artística que forman los contornos de Italia. Anotaré algunas latitudes. Podréis vosotros calcular quilómetros. Aunque nos sabemos el orden de las jornadas, se impone un rumbo lógico. Los lugares quedan señalados en el texto de la carta. Porque el mismo Calasanz lo hizo en una carta de 1630: “avíseme si suelen reunirse los seglares las mañanas de los días de fiesta y si recitan allí el oficio de la Santísima Virgen, como cuando yo estuve ahí hace más de 30

años”. Si las matemáticas no mienten, quitándole a 1630 algo más de 30 años, nos quedamos en 1599.

Pudo muy bien empezar por la patria de San Benito. Es lo más sencillo, saliendo de Roma hacia el norte, andando, andando, hasta la provincia de Perugia. Había convivido con los benedictinos en Monserrat. Qué lejos ya y que inquietos aquellos monjes. En Norcia ve ahora la cuna del padre, ya verá otro día otro día su sepulcro... De Norcia hasta Asís por los verdes parajes de Umbría, “cuya belleza aturde los sentidos”, que dice Julien Green. En Asís el encuentro con San Francisco, cuna y sepulcro a la vez. Y nuestra señora de los Ángeles y la porciúncula como una tacita de plata dentro del inmenso templo. Y Santa Clara... tirando hacia arriba, 120 kilómetros al norte, en la toscana provincia de Arezzo, la mole verde de pinos y abetos del monte Verna. Hay que trepar a 1128 metros para rezar de rodillas en el sitio mismo donde el serafín alado taladró las manos, el costado y los pies del Poverello... De la montaña al mar, mirando hacia oriente, para encontrar la “Santísima Casa de Loreto”. Estaba allí, en su lugar exacto y con toda su rica pobreza. Desde que la trajeron de Nazaret los ángeles en volandas y en 1291, han ido creciendo en ella las gracias calladas y los milagros ruidosos. Que ha tanto puede llegar la fe sencilla cuando es capaz de superar las leyendas. No nos metamos en teologías. Para un cristiano de a pie en estos años de reforma y combate, ir a Loreto es entrar en la casa donde trabajó y rezó la sagrada Familia, pisar el suelo que santificaron los pies de Jesús, recitarle en silencio a María las letanías lauretanas... y siguiendo la costa adriática, bajó hasta la provincia de Foggia, en la Pulla. Se metió en el llamado espolón de Italia, y dentro del promontorio del Gargano –entonces Monte Vergine- entró en el célebre santuario de San Miguel. Es lugar de mucha altura, por encima de los mil metros, y de mucha devoción. Calasanz pudo haber leído en la *Leyenda Mayor* de San Buenaventura cómo llegó al santuario en peregrinación el obispo de Asís y cómo, estando allí se le apareció en bienaventurado Francisco la noche misma de su muerte para decirle: “Mira, dejo este mund y me voy al cielo”. Un rayo había venido, a penetrar en el espíritu de san francisco y a pedirle fidelidad y fortaleza al arcángel, vencedor del dragón y defensor de los hombres con la balanza y la espada...

Había que volver a Roma. Pero rezando antes con los monjes de Montecassino y admirar la belleza de claustros y templo, la armonía del canto gregoriano, la hospitalidad fraterna. Y el sepulcro, que guardaba los cuerpos de Benito y Escolástica. Aquí manó la fuente del monacato occidental. Era Montecassino en 1599, y lo sigue siendo ahora símbolo de la cultura cristiana y de la unidad de Europa. Tal vez, descubrir la fuente y el símbolo junto al sepulcro fue el mayor logro de esta subida de Calasanz al monasterio.

El viaje terminó en Roma el día previsto. Un viaje con muchas leguas de camino y muchas horas de oración. Nadie ha resumido mejor sus resultados que el P. Berro. Él palpó sus consecuencias. Y pudo comentarlo con el propio viajero. Dice, pues, el P. Berro que hizo Calasanz estas peregrinaciones a los santuarios citados no por curiosidad o por saber hablar de ellos, sino por puro afecto y deseo de virtud... “procurando (como solía decirnos a nosotros al hacer parecidas visitas) que entrasen en él los lugares santos

y no solo él materialmente en ellos. Así que volvía luego a Roma muy iluminado y enriquecido de méritos y gracias celestes”.

Buen tesoro para el futuro. Y buena preparación, sí, señor, para descubrir el rostro de Dios en los peregrinos que irán llegando a Roma durante el Año Santo.

LA PRIMERA ESCUELA PÚBLICA DE EUROPA

LA IDEA se fue abriendo camino lentamente y sin ruido. Como la gota de agua que se desprende de la nieve, recorre las venas ocultas de la montaña y aparece, hecha fuente y apagando la sed del viajero, junto al camino. Así de milagroso y sencillo.

Apareció lejos. Pero sólo tomó cuero aquí, en Roma. No quisiera cansar copiando textos. Sólo que, en casos así, es lo más riguroso y breve. El P. Catalucci resume exactamente el problema “con la visita a los enfermos y pobres de Roma comprendió con mucha amargura suya que la mayoría de los niños pobres se entregaban como presa a los vicios, no pudiendo sus padres sostenerlos en la escuela”. Y golpeando en la misma idea, más amplitud y detalles, el P. Berro: “Con ocasión de que... visitó por seis o siete años toda la ciudad de Roma muchas veces como visitador de la cofradía de los Santos Apóstoles, había encontrado multitud casi innumerable de niños que por la pobreza no podían ser llevados por sus padres a las escuelas, y por lo mismo se perdían corporal y espiritualmente, dándose a todos los vicios que la necesidad y el ocio suelen enseñar. A más de que algunos ni siquiera sabían el Padrenuestro, el Avemaría y las cosas esenciales para la salvación. Veía por otra parte, a muchos otros de prometedor ingenio que, de emplearlos bien, darían óptimo resultado con provecho extraordinario de sus almas”.

Roma tenía dos caras: una real y otra aparente. Las apariencias entran por los ojos y son fáciles de comprender. La otra cara la iban descubriendo los elegidos, que siempre son minoría. La cara oculta de la ciudad santa eran los pobres, los analfabetos, los que habían perdido la fe, los mendigos, los nobles vergonzantes, los niños sin pan y sin escuela. Calasanz llegó a ver y contar todas las arrugas de este rostro con profunda amargura.

Se imponía dar un paso al frente. Los pobres tenían idénticos derechos que los ricos. Ni podían seguir tirados en la calle, ni podían perderse sus talentos. La solución estaba en la escuela para todos, diaria, gratuita, integral en la formación.

Podemos acompañar a Calasanz en una peregrinación más por las calles de Roma. Tiene que llamar a varias puertas, tiene que mendigar ayuda para sus niños pobres. Llamó primero a las puertas de los maestros estatales, que regentaban las escuelas del barrio. Respuesta negativa. Ellos –dice el P. Berro- “no admitían gratis más de seis u ocho cada uno, excusándose con que el Senado y el Pueblo Romano no les pagaba para más número”. Bien, pediría a los dueños de las racas municipales que las abriesen con mayor generosidad. Subió al capitolio. Habló. Salieron a relucir los presupuestos. De presupuestos sabían mucho los senadores y conservadores. Y con materia tan sagrada como un presupuesto no se puede jugar a la ligera. Segunda respuesta negativa. Recordó

a los jesuitas. Y allá se fue derecho al colegio Romano. Le recibieron –no lo dudéis– mejor que los maestros y senadores. Aquí no es cuestión de ricos y pobres. Aquí hay que cumplir el reglamento. Y el reglamento ordena que para ingresar al Colegio Romano el solicitante debe saberse al dedillo los verbos irregulares latinos. Calasanz debió cerrar los ojos, recordando rostros sucios y escenas callejeras. Tercera negativa. Se acercó a La Minerva, a un paso entre el Colegio Romano y el Panteón. Los dominicos de La Minerva también tienen escuela. Pero es una Escuela así, con mayúscula. Los dominicos comprendieron y prometieron rezar. Algo es algo. Al menos, quedaba suavizada esa cuarta respuesta negativa. Anoté hace algunas páginas que Calasanz conoció el barrio de Trastévere el 9 de abril de 1597. Era como descubrir un nuevo mundo, terrible y entrañable. Me vienen a la memoria los versos que escribió Giuseppe Gioachino Belli con toda su gracia y grafía romanescas:

Ah! Cchi nun vede sta parte de monno
Num za nmemmanco pe che cosa e nato
(Ah! Quien no ha visto nunca esta parte del mundo
No sabrá nunca para qué ha nacido).

Cruzó en río y penetró en el barrio, acompañado por Santiago de Ávila. Calle adelante, Calasanz le cuenta a su amigo “que había hecho muchas diligencias para que alguien enseñara a los niños pobres las cosas de la fe y no había encontrado a nadie que quisiera abrazar esta obra tan piadosa y tenía intención de hacer él mismo lo que pudiera”. Escribió el mismo estas líneas al P. Caputi. Y andando, andando, llegaron a la Iglesia de santa Dorotea, “para que les diera el párroco la lista de los enfermos de la parroquia”.

Les dio la lista, claro. Y les enseñó su escuelita. Se llama el párroco Antonio Brandini. Tuvo la buena idea de abrir, aprovechando una estancia vacía y la sacristía a ratos para los hijos de sus feligreses. Menos algunos que ayudaban con sus servicios, todos aportaban un tanto. La instrucción se reducía a leer, escribir, algo de cuentas y la doctrina. Varios cofrades de la Doctrina Cristiana echaban de vez en cuando una mano a don Antonio.

De momento, la sorpresa. Volvió por allí en mayo. Y en enero de 1598, ahora siete veces seguidas. ¿No estaría allí la solución que andabas pordioseando? Este don Antonio es buena persona. Lo demuestra el estar metido entre niños. Habló con él y le propuso sin rodeos, dedicar la escuela sólo a los niños pobres, vinieran de donde vinieran, y darles a todos enseñanza gratuita. De acuerdo. Gratis, sí, para los pobres, para todos los pobres. ”Y como allí se enseñaba comúnmente a ricos y a pobres, el dicho José consiguió que se enseñara solamente a los pobres que no encontraban quién les enseñara los principios”. Lo escribió Calasanz en 1622.

Ganado por la escuela, empieza observando y ayudando. Pronto es director y organiza, imprime nuevo estilo, multiplica las secciones. Y termina siendo verdadero y único responsable. Poco a poco va dejando sus otros quehaceres. Y termina inscribiéndose en la cofradía de la Doctrina Cristiana. Consideró siempre esta iglesia de Santa Dorotea como origen de su Instituto. Acertó, también, Ludvig von Pastor al escribir en su *Historia de los Papas*: “En 1597, en la iglesia de Santa Dorotea del Trastévere, nació la primera escuela pública, popular, gratuita de Europa”.

Para los niños de esta escuela escribió Calasanz un pequeño catecismo. Lo tituló: *Algunos misterios de la vida y la pasión de Cristo Señor Nuestro*. Escrito en forma dialogada, condensa el autor toda su teología sobre la Trinidad, la vida de Jesús, redención, eucaristía, Santísima Virgen, Iglesia Católica... en 64 preguntas con sus respuestas. Las preguntas marcan una vida bien estructurada y sencilla. Las respuestas son breves y directas. El diálogo va creando un clima cordial, que se interrumpe dos veces para hincarse de rodillas maestro y discípulo y rezar juntos un Padrenuestro.

Acabo de releer este pequeño catecismo y os confieso que estamos ante una de las joyas más finas de la catequesis infantil de todos los tiempos.

UN PALACIO PARA LOS NIÑOS

LA ESCUELITA se quedó pronto pequeña. Alquilieron otro local vecino. La vigilia de Navidad de 1598 se cebó en parroquia y escuela el Tíber desbordado. Fue terrible aquello: 1.400 vidas, otros dicen que 4.000, se cobraron las aguas. Respetaron a los alumnos, pero dejaron su firma en la escuela. Hubo que rehacer y limpiar. El 26 de febrero murió don Antonio Brandini. Y dado el momento de vacío y el peligro de ser nombrado párroco, pensó en sus escuelas y "me decidí -escribió- a meterlas en Roma, conociendo la gran pobreza que había por haber visitado yo, siendo de la cofradía de los Santos Apóstoles, durante seis o siete años, todos los barrios de Roma". Esta es la razón suprema: donde haya más niños necesitados, allí deben instalarse las escuelas. Y carga con ellas, como un padre que lleva sobre los hombros a sus hijos. Buen regalo para Roma en este Año Santo.

Aterrizaron en la placita del Paraíso, un rincón romano tan esperpéntico como el Trastévere. Primero, en casa. Pronto, en otra. Porque ya "concurrían cerca de 500 alumnos", apostilla Calasanz. Entre una casa y otra, dos años justos. Tienen ya oratorio para las devociones de niños y maestros. Para la catequesis acude a la parroquia. De los viejos colaboradores, uno solo -Marco Antonio Arcangeli- se ha embarcado en la aventura. Intenta varias veces que la cofradía de la Doctrina Cristiana lleve las escuelas con todos los honores y consecuencias. Le dieron calabazas. Y cosa curiosa: mientras le niegan lo que pide, le nombran visitador de enfermos seculares, catequista de los gitanos e inspector de las escuelas de niños y niñas que dirige la cofradía. Inventa una estrategia nueva: se presenta alas elecciones internas como presidente. Votación democrática el 1 de julio de 1601. Y se lo cargaron democráticamente.

A golpe de portazos ve y comprende toda la verdad. Debe asumir la obra como suya, proveerla económicamente y dirigirla pedagógicamente, para que se mantenga y prospere. Porque son gratuitas y para todos, las bautiza para siempre con el nombre exacto: *Escuelas Pías*.

Más alumnos y nuevo cambio de domicilio. Alquila la casa de monseñor Vestri. Amplia, pegada a Sant' Andrea della Valle, 200 escudos anuales de alquiler. Vestri es secretario de Breves. Ve el prodigio y le pasa el dato a Clemente VIII. El Papa ordena a

dos cardenales -Cesar Baronio y Silvio Antoniani- que visiten las escuelas y le digan la verdad. Le agrada el informe. Y corresponderá pagando los 200 escudos de alquiler. El cardenal Ascanio Colonna viaja a España, llamado por el rey. Entre 1602 y 1604 será Virrey de Aragón. Calasanz aprovecha la ida y se va también a vivir en sus escuelas, encarnado entre los pobres, vecino permanente de sus niños. "Y para que dichas escuelas -escribe- fueran guiadas con orden y provecho de los pobres alumnos... fue elegido por todos los operarios superior el dicho José". Acepta. Y redacta un sencillo manual de vida común, que llama *Ordenes que deben observar los Operarios*. Sin hacer votos, forma el grupo una verdadera congregación con su fin específico, sus rezos, su horario... Así lo entiende Clemente VIII, que recibe en audiencia a Calasanz y de viva voz aprueba la *Congregación de las Escuelas Pías*. Una congregación seglar, ya se entiende.

Otro cambio, la brújula siempre orientada hacia el centro de Roma. El 1 de noviembre de 1605 se alojan las escuelas en casa del Señor Mannini. Sube el número de alumnos y de categoría el local. Sube el alquiler: 350 escudos. "Allí habitaron dice Calasanz- casi siete años y su Santidad Pablo V, de feliz memoria, ayudo siempre en dicho alquiler". Clemente VIII había pasado a mejor vida el 3 de marzo. Con él murieron sus escudos. Nuevo Papa: León XI y 17 días justos del reinado. Llegado Pablo V, antes Camilo Borghese, elegido el 29 de mayo de 1605. Se conocían desde aquel encargo de las monjas de San Silvestre. Se verán en adelante con frecuencia y con frecuencia ayudará el Papa a las escuelas. Ya en los primeros años, tres gracias seguidas: dinero en 1605 para el alquiler, licencia en 1606 para pedir limosna de casa en casa, que los gastos se han disparado y agobian, y nombramiento de un Cardenal Protector en la persona de Ludovico Torres el 24 de marzo de 1607. Todo se necesita. Los maestros rionales no cesan en sus "persecuciones e impedimentos", en sus acusaciones, en un rimerio de memoriales acusatorios que van llegando al Papa... ¡Aquellos años primeros difíciles! No podría olvidarlos nunca, incluidas ciertas tareas que algunos consideraban humillantes. "Al principio de la Obra -escribirá en 1632-, por muchos años, hacia yo todos los oficios mas viles y bajos de la casa..."

Y llego el palacio. Allí enfrente de casa Mannini, en la misma plaza y tabique por medio de la iglesia de San Pantaleón, doña Victoria Cenci, marquesa de Torres, vendió su palacio al rector, padres y hermanos de la Venerable Congregación de las Escuelas Pías de la Urbe. Era el 25 de septiembre de 1612. Precio: 10.000 escudos de a diez julios el escudo, pagaderos a plazos. Se fueron pagando cristianamente. Los cardenales Giustiniani y Lancellotti supieron ser generosos. A mediados de octubre vio asombrada Roma como Calasanz y sus colaboradores transportaban bancos, armarios e instrumentos didácticos. Unos 800 alumnos podían inaugurar con gozo renovado el año escolar 1612-1613.

Un tanto apretado por palacios vecinos sí está el nuevo colegio. Pero céntrico, con su iglesia y su patio, y a dos pasos de la plaza Navona. Tiene su importancia esta proximidad a la plaza, porque en su entorno vivía 10 mas florido de la colonia española. Y a la hora de pedir limosna, decir Calasanz al dueño de la casa era mucho decir.

Vinieron las reparaciones del edificio. Ayudó no poco el dinero de Glicerio Landriani. Consiguió Calasanz la iglesia adjunta, abrió una puerta en el muro por el patio interior

y así colegio e iglesia formaron una completa unidad, que servirá de modelo a futuras fundaciones. Como tener, tiene su pequeño patio, que pasó a ser patio de las escuelas y que se alegró un día con el rumor de una fuente de "agua virgen" -la misma de la fontana de Trevi-, que Calasanz solicitó y obtuvo para que bebieran sus niños. De aquí arrancó un precepto posterior, muy grato y valiente: "Procuren construir los colegios donde pueda haber jardín y agua corriente".

Los alumnos se fueron multiplicando, hasta llegar a 1.200 dos años después de la inauguración del colegio, y a 1.500 cuando no habían pasado siete años. Navegando en esta corriente bulliciosa, enseñando siempre y hasta haciendo milagros si llega el caso, van a transcurrir los 36 años que le quedan de vida a Calasanz.

No corramos. Han pasado 15 años desde otoño de 1597. Entonces, la escuela. Ahora, un colegio moderno. Los niños, pobres allí y pobres aquí. Acaba de darse una de las mayores satisfacciones de su vida: regalarles un palacio, para que aprendan desde pequeños a ser felices y a no malbaratar sus talentos... Ha pasado y repasado el *rio*, ha peregrinado de un lugar a otro, siempre con la casa auestas. No era muy copiosa, es cierto. El mayor peso eran los niños y éstos corrían solos. Ha sufrido. Y ha aprendido mucho. Le han enseñado los niños, que son los mejores maestros. Le han enseñado sus compañeros: métodos, sistemas, fórmulas que se han ensayado y parecen buenas, algunos libros desconocidos. La experiencia se va acumulando. Sabe ya lo que vale el ministerio de la enseñanza. En su momento le compondrá un himno, que pasara alas antologías.

Los niños no le han abandonado. Los colaboradores, con frecuencia. Quedan algunos, dispuestos a nuevos riesgos. Otros han muerto. Todos, los que se fueron, los que han quedado y los que murieron, siguen vivos en el recuerdo. Ama a todos y reza por todos.

Me gustaría escribir la lista completa de todos estos viñadores del amanecer de la Obra. Imposible, porque rebasaría los 80 nombres. Pero no me resisto a decir dos palabras de los más notables. Ya conocéis a don Antonio Brandini, el párroco discreto y buen amigo; a Marco Antonio Arcangeli, que le ayudó en Santa Dorotea y en la plaza del Paraíso; al sacerdote y matemático Florentino Francisco Fiammelli, al caballero Francisco Rustici, siempre generoso con su dinero; al sacerdote Gellio Ghellini...

Amigos: ante este nombre hay que descubrirse. Nació noble en Vicenza en 1559. Se doctoró en ambos derechos en la Universidad de Ferrara. Colabora con Calasanz entre 1602 y 1605. Que nos los diga Calasanz: "Yo, José Calasanz, doctor en Sagrada Teología, Prefecto de la Congregación de las Escuelas Pías de Roma, por la presente certifico que el Rdo. D. Gellio Ghellini es uno de los hermanos de la Congregación... y director de la oración continua que se tiene en el oratorio de dichas escuelas". Cuando muera, en 1616, Calasanz trazará la mejor semblanza del amigo: "... su mayor deseo era estar entre los niños angelicales y enseñarles a amar al Señor y a orar, y con su pureza atraía hacia sí, como si fuese un imán, los corazones de los niños puros, que no encontraban mayor gusto en la escuela que estar en compañía de este padre". Nada extraño que introdujesen luego su causa de beatificación.

Tengo que citar tres nombres de los que aguantaron las fatigas del día hasta la puesta del sol. Un humanista, un catequista y un calígrafo.

Respetemos las canas, como Dios manda. Cedamos de nuevo la palabra a Calasanz: "Desde el año 1603 vino a ayudar a dicha obra un viejo venerable de mucho espíritu, el cual había tenido escuela de gramática y humanidades en Roma quizá durante más de 40 años y ahora se encuentra en sus 110 años de edad y ha perseverado siempre y persevera teniendo escuela con las mismas fuerzas que si fuera joven, con gran provecho de los alumnos. Se llama Gaspar Dragonetti y es de Leontino en Sicilia". No tuvo vocación de sacerdote. Clérigo solo, devoto de María, del niño Jesús, del santo pesebre. Y experto en humanidades. Clemente VIII le vio una vez mezclado entre los muchachos. Intrigado, le hizo llamar y le invitó a palacio. Cogió el anciano el libro, entró en el Vaticano, y cuando tuvo sentado delante al Papa y a sus invitados, abrió el volumen y empezó diciendo: "atención, muchachos!". En su vida había oído el Papa el comentario de un texto de Virgilio tan riguroso, tan metódico, tan limpio... Calasanz, que le conocía y valoraba mejor que nadie, le llenó de mimos: la mejor habitación para el P. Dragonetti, una carroza para el P. Dragonetti... Respetado por sus alumnos, venerado por sus compañeros, se morirá de viejo, siempre enseñando, el 7 de diciembre de 1628. Tenía, bien cumplidos, 120 años.

El catequista se llamaba Glicerio Landriani, el padre abad para los amigos. Nacido en Milán, pariente de san Carlos Borromeo, era abad comendatario de la abadía de San Antonio en Piacenza. Conoció a Calasanz en 1612. Dejó su palacio romano y se fue a vivir entre los niños. Esta locamente enamorado de la pobreza. Orientado por Calasanz, que descubrió y potenció su carisma catequético, organizó la catequesis en numerosas parroquias de Roma y en los colegios escolapios de San Pantaleón y Frascati. Pudo más su espíritu que sus fuerzas y morirá joven, novicio todavía, el primer novicio escolapio que se fue al cielo.

Que cierre la lista un padre de familia: Ventura Serafellini. Firmó un contrato de trabajo con Calasanz. Ambos lo cumplieron con generosidad. Dos escudos al mes por dar clases de caligrafía a los alumnos y a los religiosos. Fue profesor del mismo Calasanz, que aprovechó la categoría del maestro para perfeccionar su letra. Agradecido, le pagaba todos los meses "algo más" de lo estipulado y hacía llegar a su casa desde la cocina del colegio ciertas sabrosas menudencias "para él, para su esposa y los hijos..." Que no se me olvide. Cuando entréis en la basílica de San Pedro, al llegar al crucero, levantad la vista a la cúpula. El anillo interior está adornado con letras grandes, artísticas, doradas. Componen la frase bíblica *Tu es Petrus et super hanc petram...* Las diseñó y escribió Ventura Serafellini.

ENCUENTRO CON LA DAMA POBREZA

VOY A DECIR dos palabras sobre una experiencia buena y fracasada. Merece una breve introducción.

La Congregación de las Escuelas Pías tienen nuevo cardenal protector desde el 12 de enero de 1613. Se llama Benito Giustiniani. Su nombramiento ha sido un acierto. Junto a él hay que citar al carmelita P. Domingo Ruzola. Es prior del convento de la Scala,

confesor de Pablo V, del cardenal Giustiniani y de Calasanz. Uno de los pesos pesados de esta Roma de principios de siglo. Hace poco oriento a Glicerio y a varios de sus compañeros hacia las Escuelas Pías, colaboro en la adquisición del palacio Torres y hasta le dio un empujoncito a Giustiniani para que aceptase ser protector... Estos dos hombres, cardenal y carmelita, van a intervenir decididamente en las puertas de entrada y salida de la experiencia. Hasta aquí la introducción.

En la iglesia de Santa María in Pórtico vivían los Padres Luqueses, religiosos de la Congregación de la Madre de Dios, llamada también de Lucca por haber nacido allí la Congregación. La fundo san Juan Leonardi, de quien dice Calasanz en el proceso de beatificación que le conoció en tiempo de Clemente VIII y que este "lo eligió para apaciguar ciertas diferencias y pretensiones que habían surgido entre ciertos gentiles hombres seculares y los maestros de las Escuelas Pías, lo cual fue de mucha utilidad en aquella ocasión para la obra de las Escuelas Pías". Ahora la Congregación de Lucca es simple congregación y aspira al título de Orden Religiosa. La dirige, como superior general, el P. Alejandro Bemardini.

El cardenal Giustiniani examina la colmena rumorosa del colegio de San Pantaleón. Acude a los padres luqueses, les pide uno para confesar a los niños y añade: "Estas escuelas caerán un día sobre vuestras espaldas, porque el prefecto es de edad, está indispuerto y si muriera antes de proveerse a esta obra, correría peligro de disolverse".

El Prefecto, José de Calasanz, tiene 56 años en 1613. Para la época, un hombre de edad. Y anda algo cascado desde que en 1603 quiso ajustar la campana que en casa de monseñor Vestri llamaba a los niños a la escuela. Cayo desde lo alto, se fracturó una pierna, que nunca curó del todo: ni las muletas primero, ni las curas después, impidieron que se le hinchase con los cambios de tiempo y le hiciera sufrir.

Esto de estar viejo, hasta el mismo Calasanz lo confiesa. Pero más que su vejez le importa la continuidad de sus escuelas. Las quiere en Roma y sueña con verlas difundidas por el mundo. Así se lo dice al Papa: "El Prefecto de las Escuelas Pías... habiendo visto por experiencia de muchos años la suma utilidad y fruto de dichas escuelas, deseoso de perpetuarlas no sólo en la ciudad de Roma, sino también en todo el mundo, y viéndose ya viejo, después de haber elevado muchas oraciones a Dios Nuestro Señor... se ha convenido encargarles (a los padres de Lucca) este ejercicio y unirles las Escuelas Pías".

Les pareció bien a todos, incluido Pablo V, que firmaba el decreto de unión el 14 de enero de 1614. Sigue de prefecto Calasanz. Pasa a San Pantaleón como superior de la comunidad el P. Pedro Casani. Estamos ante un hombre superior, buen teólogo, experimentado en vida religiosa, con algunas dolencias de estómago. Poco después de tomar posesión, le cuenta a su padre lo que acaba de oír al cardenal Giustiniani: "De ésta obra saldrá la reforma de la Iglesia". Y añade por su parte: "Se precisan hombres de talla para esta obra altísima y utilísima para Roma y para el mundo entero". Casani es uno de esos hombres de talla. Se entenderá muy bien con Calasanz.

Por estos días le llegó a Calasanz una carta entrañable, sellada en Ariza, provincia de Zaragoza, y firmada por don Jaime Palafox, a quien conoció camarero secreto y es ahora marqués. Y le pide "que vengan a fundarse en su tierra las escuelas pías". Es la primera solicitud de fundación que recibe. Y le llega desde Aragón. Si el pudiera...

Espera en Dios, "que encamine las cosas de tal manera que presto en su tierra de V. Ilma. se vea fundada esta santa obra". Sólo puede prometer, y promete, las oraciones de sus niños, "que pasan ya el número de mil y doientos"...

El P. Casani se trajo a San Pantaleón un grupo de religiosos luqueses. Y este refuerzo repercutió favorablemente en la marcha del colegio. A Glicerio se le ocurrió una mañana de 1616 una idea feliz: que bien si los maestros acompañasen a los discípulos a sus casas, mañana y tarde, terminadas las tareas escolares. Si, era una buena idea. Calasanz la recogió al vuelo y la recomendó a sus maestros, porque, "haciendo el oficio de ángeles custodios y ejercitándose en la humildad de Cristo, tendrían gran mérito ante Dios". Y él se puso al frente de una de las filas, la que llegaba hasta la Trinita dei Monti, pasando junto al Panteón, rozando la fontana de Trevi, atravesando la plaza de España... Uno de esos días se cruzó Pablo V con la fila. Bajó de la carroza. Y los niños pudieron ver a su maestro dialogando con el Papa. ¿De las escuelas? Hay quien dice que de un cardenalato.

Experimentada la idea, Calasanz terminara codificándola en sus Constituciones.

Yo mismo he tenido la suerte de guiar una de esas filas de niños. En Zaragoza y en 1964. Las gentes, acostumbradas durante siglos, sonreían al pasar los niños. Ayudaban espontáneos los guardias urbanos. Se paraba el tráfico si había que cruzar la calle. Las madres esperaban a la puerta y saludaban agradecidas. El niño, al dejar la fila, se acercaba al sacerdote y le besaba la mano. Los que han dedicado la vida al ministerio de la enseñanza entenderán lo que voy a decir. Después de los besos de mi madre, los besos más limpios que he recibido en mi vida son los de aquellos niños de mi fila... Siguió la práctica hasta el año 1973. El progreso impuso nuevas formas y acabó con las filas. Creo que fue Zaragoza la última ciudad europea que las vio desfilar por sus calles...

Marchaba a buen ritmo el colegio de Roma en cuanto a filas, asociaciones juveniles, misas y confesiones, oración continua, rezos y cantos. No así el trabajo escolar. El ánimo de los nuevos socios se fue quebrando. Les pesaban los niños y las escuelas de niños. Les parecía exagerada la pobreza. El terreno empezó a deslizarse en octubre de 1614. Pronto, ¿verdad? Reuniones al más alto nivel, comisiones de cardenales, informes escritos... Que vaya Calasanz a Frascati y hable con Pablo V. Fue, habló y entregó un memorial bien meditado y escrito. Ahora entendió el Papa lo que valían aquellas escuelas y las pidió para Frascati. Todo llegara. Mientras, hay que intentar salvar las ya existentes. Y la fórmula para Calasanz esta en "que el instituto principal de la Congregación de la Madre de Dios sea el instituto de las Escuelas Pías". Igual opinan Giustiniani y Ruzola. Esta es la cuestión: la enseñanza como fin apostólico, unido a la suma pobreza. No será posible. Con caridad y guardadas las formas, se llegó a esta conclusión: mejor que echarle remiendos al vestido viejo, fundar una nueva congregación religiosa y poner a Calasanz al frente. Prosperó la idea. En la segunda quincena de febrero de 1617 andan en los palacios vaticanos dando estilo a un Breve que luego firmará el Papa.

Dejemos que preparen el Breve y, si él nos lo permite, nos asomamos un momento al alma de Calasanz. Estos años de unión con la familia luquesa han sido bastante delicados. Ha intentado lo mejor para los niños y sus escuelas, sintiéndose viejo, pero

no ha podido ser. Como antes con los maestros rionales, el Capitolio, el Colegio Romano, la Minerva. Como después con la cofradía de la Doctrina Cristiana. Le van moldeando a golpes de cincel y desaires. El más doloroso ha sido el último.

Quieren hacerle fundador. Se sentía viejo a los 56 años. Falta un suspiro para cumplir los 60. Y le quieren fundador... Se acordó de sus santos. Benito, Francisco, Domingo, Ignacio, de su amadísima santa Teresa. Santos y grandes santos todos. Y él, un simple sacerdote secular, canónigo fracasado, pobre, viejo y metido a maestro de escuela. En estos casos hay que armarse de fe y fortaleza. Volvió los ojos al centro de su alma. Las voces de los mejores amigos se lo estaban pidiendo. Los niños, sin voz, también. Y Dios, ¿que quería Dios de él?

Recordó... En el verano de 1614 se había dado una vuelta por Asís. Lo que allí ocurrió se lo contó a su amigo Buenaventura Claver, franciscano y obispo de Potenza. Y éste, a nosotros: "Comunicándole yo un día... algunos sentimientos míos, el me confió que habiendo ido a Asís a ganar la indulgencia plenaria en la fiesta del dos de agosto en Santa María de los Ángeles, se le apareció el padre san Francisco dos veces y en una de ellas lo desposó con tres doncellas, que significaban los tres votos de obediencia, castidad y pobreza, y en la otra le mostró la grandísima dificultad que hay para ganar la indulgencia plenaria, y me aseguro que no sabía explicarlas, aunque las había entendido por iluminación interior".

¿Se adelantó Dios en Asís a los acontecimientos? ¿Que hacían si no san Francisco y las doncellas en la primera visión?

Volvió a recordar... ¡aquel encuentro con la Pobreza en la iglesia de las Llagas! El P. Silvestre Belli recogió el secreto: "Estando en la iglesia de las Llagas en Roma, se le apareció una doncella mediovestida de harapos y llorando, a la que dijo el Siervo de Dios: «¿Quién eres?» Ella respondió: «Yo soy la pobreza y todos me huyen». Entonces el Siervo de Dios le dijo: «Ven aquí, que voy a taparte». Y al querer echarle encima su manteo, ella desapareció. Y esto lo sé de propia boca del P. José".

Eran los signos de Dios. Parecían suficientes para entender el mensaje. Bajó la cabeza y dijo que sí.

JOSÉ DE LA MADRE DE DIOS

REMATADO pronto el Breve por canonistas y calígrafos, lo firmó el Papa el 6 de marzo de 1617. Recoge el pensamiento de Calasanz, erige en la Iglesia la *Congregación Paulina de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías* y nombra superior general de la misma al P. José Calasanz. Profesarán sus religiosos los votos clásicos de pobreza, castidad y obediencia, reservados al Papa, y con el añadido de suma pobreza en el primero. Las escuelas se abren a todos los niños, aunque preferentemente a los pobres. Y ordena que "los que en ella ingresen... trabajarán, se esforzarán y se comprometerán a enseñar a los niños los primeros rudimentos, la gramática, el cálculo y, sobre todo, los principios de la fe católica, a imbuirlos en las buenas y piadosas costumbres y a educarlos cristianamente, gratis, sin sueldo, ni paga, ni salario, ni honorarios". Bien, muy bien todo, menos un recorte que le han hecho y que no es grano

de años. Quiso que la enseñanza alcanzase la filología. Se lo han dejado en gramática. Buscará soluciones sobre la marcha, para que no queden conculcados los derechos del niño.

Ahora hay que vestir hábito y buscar apellido. No resultó difícil. Escribe Calasanz: "El 25 de marzo del mismo año -1617- el Sr. Cardenal Giustiniani hizo a sus expensas los hábitos que hoy se usan, para 15 personas, y vistió de su mano en su capilla al dicho P. José y luego dicho padre a otros 14 el mismo día en el oratorio de las Escuelas Pías".

El hábito rima a la perfección con la suma pobreza del Breve. Espanta al verlo y llevarlo. Sigue espantando al leerlo en la descripción del P. Berro. Era, ni más ni menos, éste: "Una sotana negra, larga hasta los pies, con una sola abertura en el pecho, cerrada con botones de madera, y un manto hasta las rodillas del mismo paño negro y tan tosco que espantaba, pues era de esa especie de que se hacen las mantillas para las cabalgaduras; con los pies descalzos y sandalias cerradas, aunque después de unos días se llevaron abiertas, es decir, sandalias a la apostólica; sin camisa al principio, pero luego por consejo de los médicos se hicieron una camisa de cañamazo muy grueso y tosco y, finalmente, al cabo del tiempo, se pusieron camisas de lana".

El diseñador de este negro atuendo y de las sandalias apostólicas fue el P. Domingo Ruzola. A él se debe también la gloriosa idea de sustituir el apellido paterno por otro de acento religioso. Así vestido y calzado, Calasanz se llamara en adelante José de la Madre de Dios, el P. José que irán diciendo las gentes y, con mucho cariño, los niños. La Congregación Paulina, aunque sólo vivió cuatro años, fue rica en acontecimientos. Tuvo abundantes vocaciones y buen noviciado, regido por el P. Casani. Dio paso a la Orden, que nacería enseguida. Vio como florecían nuevos colegios. Cito estos cuatro como símbolos: Nami (1618), a petición del cardenal Giustiniani; el Borgo romano, cerca del Vaticano (1619); Norcia (1621), patria de san Benito, y Frascati... Para ser exactos, Frascati fue el primero, en 1616, antes de fundarse la Congregación.

Descansemos un poco en dos de ellos. Nació el colegio de Frascati por una invitación del Papa en el verano de 1615. Una invitación papal era más que una invitación. Calasanz con cinco compañeros más -Gaspar Dragonetti y Glicerio Landriani entre ellos- subió un año después a la pequeña y risueña ciudad y el 2 de agosto quedaba constituida la primera comunidad fuera de Roma. Quiso Calasanz a esta casa como a la niña de sus ojos. Por eso, cuando Francisco Bovarelli le regaló un cuadrado milagroso con la imagen de la Virgen pintada sobre cobre, se puso en marcha y en septiembre de 1617 lo depositó en el oratorio de Frascati. El pueblo lo recibió agradecido. Creció la devoción. Urbano VIII erigió canónicamente en 1625 la "Cofradía de la Madre de Dios de las Escuelas Pías de Frascati". Para ella escribió Calasanz las *Constituciones*, muy completas y llenas de unción religiosa. Todavía llevan los cofrades en las procesiones el hábito inicial. En 1625 se introdujo ya la costumbre de llevar a Roma en procesión solemne la venerada imagen y presentársela al Papa. La costumbre viene practicada hasta el día de hoy cada Año Santo.

¿Cuántas veces hizo y deshizo Calasanz el camino entre Roma y Frascati? Muchísimas. Todos sus viajes pueden seguirse con bastante precisión a través de sus *cartas*. Escribió entre 10.000 y 12.000. Andan editadas aproximadamente la mitad. Aprovechando esas cartas, voy a contar uno de sus viajes a Frascati. Que vale la pena.

Estamos en junio de 1630. Se halla gravemente enfermo el P. Juan del Castillo, nacido en Lugar del Soto (Segovia), superior de la comunidad. Enterado de la enfermedad del amigo, busca una carroza en Roma para ir a verle inmediatamente. ¿Calasanz en carroza? sí, "porque a pie me parece imposible y a caballo me parece difícil por la dificultad de la pierna que tengo muy hinchada desde hace ocho o diez días". Esto, el día 5. Fue, abrazo al amigo y le prometió un regalo. Se lo manda desde Roma el 10: "Le mando cuatro limoncitos buenos y treinta y cinco naranjas entre dulces y agrias".

La estancia fue breve. Pero estando esos días en Frascati ocurrió en el colegio un suceso sonado. Encontró un rato para dialogar con los niños. Y en ese momento, una madre desolada alborotó la casa y arrancó a la Virgen un milagro. Dionisio Michara era uno de aquellos niños. Y ante don Pedro Galoppo, notario publico de la villa, dijo: "Siendo yo alumno de las Escuelas Pías de esta ciudad, fuimos llamados una mañana todos los escolares a rezar a la Santísima Virgen de los padres de dichas Escuelas Pías. Fuimos todos a la iglesia pequeña y vieja que estaba en aquella habitación que sirve hoy de oratorio para los hermanos de la cofradía de dicha Virgen de las Escuelas Pías. Hincados de rodillas, recitamos la Salve. Y el padre José de la Madre de Dios, fundador de la Religión de dichas Escuelas Pías, tenía levantado en sus manos, hacía la susodicha Virgen... un niño en pañales que estaba muerto y al que había ahogado su madre en la cama. Se pedía a dicha Santísima Virgen... que hiciera resucitar a dicho niño muerto. Y mientras dicho padre fundador tenía en alto al dicho niño, comenzó a llorar y todos gritaron: ¡Milagro!, Milagro de la Virgen Santísima que había hecho resucitar a dicho niño, de todos tenido por muerto. Este niño es hijo de un tal Biascione, de la familia de los señores Blasi de esta ciudad. No recuerdo su nombre propio... Y todo lo sé yo por haberlo visto, como he dicho arriba, estando presente".

Poco después, escribe Calasanz: "Quien venere con devoción esta santísima imagen de la Bienaventurada Virgen, será siempre protegido y favorecido por ella".

ORDEN DE LAS ESCUELAS PÍAS

SI OS PARECE, volvemos a Roma y a los primeros años de la Congregación Paulina. Hay por aquí una fecha -15 de febrero de 1618- que la tiene Calasanz marcada en su calendario con una cruz blanca. A media noche le había pedido permiso para morirse Glicerio Landriani. Le dijo que sí. De sobra sabía el padre que aquel hijo se le iba derecho al cielo...

Sigamos. El Breve fundacional facultaba a Calasanz y a la Congregación para redactar las oportunas Constituciones. El ritmo de crecimiento humano las esta exigiendo. Y son necesarias, además, si aspira la Congregación a lucir el título supremo de Orden religiosa.

Escribir las Constituciones requiere tiempo. Y a Calasanz le devoran todas las horas del día sus alumnos, las nuevas fundaciones, las peticiones que no cesan, la buena formación de los novicios... Hasta que "el cardenal Giustiniani el año 1620 ordenó al dicho P. José que se retirase fuera de Roma y escribiese las Constituciones que conside-

rarse necesarias para el buen gobierno de la Congregación. Se retiró a la casa de las Escuelas Pías de Nami y allí escribió las Constituciones". Así de sencillo lo resumió él.

Salió de Roma a finales de octubre. Hasta Narni, 42 millas. En las alforjas del borriquillo metió unos cuantos libros. No era bueno el camino. Y él se empeñó en caminar a pie para no fatigar al borriquillo. A la salida de Campagnano tropezó en una raíz, cayó pesadamente y se golpeó el costado. Acabó en el hospital de Cività Castellana.

En Narni trabajó sin descanso. Enero y febrero de 1621 fueron extremadamente fríos. "El viento es aquí terrible -dice- y tan frío que varias veces se me han helado los talones". Estos fríos helados soplaban también en Roma y ellos se llevaron al cielo el 28 de enero a Pablo V. Le lloró Calasanz, rezó por su alma y continuó escribiendo. El 17 de febrero ha completado el manuscrito. Es un cuaderno de tamaño mayor: 22 folios, escritos por ambas caras en buen latín y letra limpia, encierran su pensamiento. El cuaderno lleva este lema: "Para gloria de Dios y utilidad del prójimo". Debajo el título: *Constituciones de la Congregación Paulina de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías*. La estructura interior es muy sencilla: un proemio y tres partes. El proemio es una verdadera declaración de principios y contiene el núcleo más íntimo y original de sus ideas. La primera parte analiza la persona y vida del religioso: selección e idoneidad de los candidatos, su formación religiosa, académica y escolapia, la vida ascética y comunitaria, la cuidadosa atención a los enfermos, la oración por los difuntos... La segunda parte se centra en el seguimiento de Cristo, mediante la práctica de los consejos evangélicos y del cuarto voto específico de enseñanza... La tercera parte mira a la organización y gobierno del Instituto, con el añadido de dos capítulos sobre predicadores y confesores, tal vez fuera de lugar, pero llenos de sentido práctico y de acercamiento a los niños y jóvenes. Hay para Calasanz dos personas clave, el superior y el maestro. La figura del superior -padre y guía- es el signo visible de la comunidad. El maestro es quien da categoría a la escuela y viene definido como "cooperador de la verdad".

La doctrina de este texto es austera, segura, exigente. La escuela ha sustituido al coro en el camino de la perfección y en la práctica de la caridad. Si os sorprende, al leer, algún rasgo de ternura, estad seguros que mira a los niños o a los enfermos. El lema expresa con suficiente grafismo la teología cordial del abrazo: verticalidad hacia Dios, horizontalidad hacia el hermano. La suma pobreza, otro de los ejes de la nueva espiritualidad y apostolado, viene especificada en todos sus alcances y debe ser experimentada hasta el límite, comunitaria, personal y socialmente. De ahí brotan la pobreza en el vestido, en la comida, en la habitación del religioso, en los ornamentos y objetos sagrados. De ahí, también, la preferencia por los niños pobres, la gratuidad de la enseñanza, la práctica humillante de pedir limosna, el servicio de acompañar a los niños hasta sus casas.

Estas constituciones pasaron de la mente al papel sin tachaduras. Y se leen con facilidad. De su valor como proyecto de vida podrían hablar los miles de escolapios que las han practicado sin glosas y se han santificado practicándolas. Calasanz, el primero.

El volvió a Roma la última semana de febrero de 1621. Y se encontró con un nuevo Papa, Gregorio XV, a quien ya conocía por haberle hospedado siendo todavía cardenal

en octubre de 1619 y en el colegio de Narni. Saludo al Pontífice. Y dos semanas después le hizo llegar por medio del cardenal Giustiniani un memorial con tres peticiones encadenadas: que continúe protegiendo a las Escuelas Pías como su antecesor Pablo V; que apruebe las Constituciones de la Congregación; y que la eleve a Orden religiosa "para dar a esta obra la solidez y perfección necesaria y satisfacer al mundo, pues casi todo él la desea y requiere". La presentación de este memorial fue el último favor que le hizo Giustiniani. El 27 de marzo murió piadosamente.

El memorial entro en la Congregación de Obispos y Regulares y cayo en manos del cardenal Miguel Ángel Tonti, prefecto, canonista y enemigo de nuevas órdenes religiosas, pues se sabía de memoria la prohibición que en 1215 había decretado el concilio Lateranense IV en su canon 13.

No se inmutó Calasanz. También él se sabía el canon, las necesidades actuales de la Iglesia y las debilidades del cardenal Tonti. Redactó enseguida una exposición razonada. Es el famoso *Memorial al Cardenal Tonti*.

Estamos ante un escrito bastante largo y ciertamente inspirado. Canta a la enseñanza como nadie, ni antes ni después, ha sabido cantarla. Hace recordar este himno encendido aquel de san Pablo sobre el amor y el otro de san Francisco a las criaturas. Calasanz piensa en sus escuelas, en sus maestros, en sus niños. Escribe en italiano. No le tiembla la pluma al llegar a las comparaciones y a la enumeración de superlativos. Para él es único e insustituible el ministerio de la enseñanza. Pide para las Escuelas Pías el título de Orden religiosa, "título que han recibido hasta el presente tantas otras, tal vez no tan útiles y necesarias, tal vez no tan aplaudidas por todos, tal vez no tan deseadas durante mucho tiempo en comparación de la insistencia con que viene siendo pedido nuestro ministerio en este breve periodo: es un ministerio en verdad dignísimo, nobilísimo, meritísimo, beneficiadísimo, utilísimo, necesarísimo, naturalísimo, razonabilísimo, gratísimo, agradabilísimo y gloriosísimo".

No suenan lo mismo estas palabras en castellano que en italiano. Ya lo sé: traductor igual a traidor. Pero la verdad del texto no puede caer en el peligro de una paráfrasis interpretativa y acomodada... Repasemos, uno a uno y con detención, estos once superlativos. Tampoco Calasanz los dejó en el aire. Continuó su memorial, glosando despacio la serie completa de piropos.

El cardenal Tonti, leído el memorial, pasó de adversario a protector. Logró que diese su aprobación la Congregación de Obispos y Regulares. Lo demás llegaría como necesaria consecuencia. El 18 de noviembre firma Gregorio XV el Breve que erige en la Iglesia la *Orden de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías*. Y mediante otro Breve apostólico aprueba las Constituciones el 31 de enero de 1622.

Al cardenal Tonti le dio por querer morir. Antes, hizo testamento y dejó sus bienes a las Escuelas Pías. Y al día siguiente, 20 de abril de 1622, llamó a su lado a Calasanz y a los cuatro asistentes, Pedro Casani, Viviano Viviani, Francisco Castelli y Pablo Otonelli. En sus manos emitieron los cinco su profesión religiosa. De la casa del cardenal se fueron a la basílica de la Virgen. Lo que hicieron en ella lo cuenta en una carta el P. Casani: "Esta mañana hemos hecho los votos solemnes en manos del Ilmo. Tonti moribundo, y saliendo de su casa hemos ido a Santa María la Mayor y los hemos

renovado después de la misa de nuestro Padre, dicha en el altar de la Santísima Virgen". Con más detalles y en buen latín narró también el hecho Calasanz.

El 21 de abril dio su alma a Dios el cardenal Tonti. Muere tranquilo. Tiene 56 años. Le enterraron en la iglesia del Gesù, bajo la cúpula, delante del altar de san Ignacio. Calasanz pago la lápida de mármol. En ella escribieron luego los muchos meritos del ilustrísimo difunto.

COMO UN PEQUEÑO GRANO DE MOSTAZA

UNA PRIMERA etapa -¿o es ya la segunda? Queda terminada. Las Escuelas Pías son ya Orden religiosa, con su estructura canónica en regla, con sus votos, con su cuarto voto especial de dedicación exclusiva a la enseñanza. Y los religiosos escolapios -por trabajar en la escuela los bautizo así el pueblo- tienen sus Constituciones y en ellas un proyecto de vida "que el Espíritu Santo ha confirmado por medio de su Vicario", en palabras del fundador. También queda en orden la profesión solemne del P. General y sus cuatro asistentes. Recordad que la hicieron y la renovaron el 20 de abril de 1622. Buena intención sí hubo. Pero ¿y la validez jurídica del acto? Le baila a Calasanz una pelusilla del escrúpulo en el alma. Voló la pelusilla unos días después, el 7 de mayo. Subieron los cinco al noviciado y en el oratorio y ante monseñor Pedro Lombardo, arzobispo de Armagh y primado de Irlanda, emitieron sus votos "de suma pobreza, castidad y obediencia y, según ésta, de un cuidado especial en lo referente a la educación de los niños..." Esta vez la profesión tuvo, además de buena intención, validez canónica.

Y queda arrojada la semilla en el surco, en muchos surcos. La llamó "Piedad y Letras", que era tanto como decir formación integral. En el crecimiento de esta semilla tenía él seguridad completa. Y así lo escribió y repitió machaconamente. Decía: "Si desde la infancia se educa a un niño en la *Piedad y en las Letras*, hemos asegurado para toda su vida un camino de felicidad". El destino del hombre, el destino feliz de ese hombre que se educa en sus escuelas... Y del hombre pasa a la sociedad, necesitada de reforma. Andan locos los hombres de su tiempo buscando fórmulas y con la brújula equivocada. Para él "la reforma de la República cristiana -decid sociedad, si os parece- radica en la diligente práctica de la enseñanza". Las ideas, la cultura, serán el fermento que hará estremecer y fermentar toda la masa.

Y aunque ya lo había dicho y escrito, siguió insistiendo mientras le quedaron fuerzas en los dedos y luz en los ojos. Lo suyo es esto: una escuela obligatoria, gratuita, para todos. Con este matiz: preferentemente para los pobres. Y no son sólo palabras. Lo viene cumpliendo desde 1597. Un largo cuarto de siglo ya, gastando voz y gestos en el aula, y las sandalias por las calles de Roma. "He ido también mendigando el pan con las alforjas al hombro por Roma, y acompañado de los alumnos". Ignoro hasta qué fecha pidió limosna. Acompañó a los niños, según el P. Caputi, "hasta 1642", es decir, hasta sus 85 años.

Esto de los pobres era más que una obsesión. Es una misión recibida, aceptada con gozo, practicada sin roturas. Llama a los pobres "miembros de Cristo". Y concluye en

buena lógica: "Lo que se hace por ellos, se hace por Cristo. No se dice lo mismo de los ricos". El sigue diciendo: "prácticamente, en todas las naciones los pobres son la mayoría de la población". Escuchad, demócratas: la mayoría y sus derechos. En consecuencia, "cuide el superior que estos muchachos tengan un maestro competente que les enseñe la escritura y el cálculo, para que puedan abrirse más fácilmente paso en la vida". No son el pez y el vaso lo importante. La caña es lo que importa y aprender a cavar el pozo hasta dar con el manantial. No la limosna benéfica, sino la capacidad creadora. o sea, maestros competentes, escritura y cálculo, más doctrina cristiana y santo temor de Dios, que dijo él. Con Calasanz, ya se sabe, siempre ganan los pobres.

La que pareció siembra, terminó en revolución. Y no tardó en abrirse camino. Le llaman de muchas partes. Llueven peticiones, demasiadas peticiones.

Empezando por Italia... Antes de ser Orden religiosa ya tenían las Escuelas Pías once colegios funcionando en la península. Los pueblos y ciudades siguen pidiendo escuelas gratuitas. Os emocionaríaís leyendo las peticiones, dirigidas siempre a Calasanz. Él hace lo que puede, atento a las hornadas de jóvenes escolapios que salen de las casas de formación. Cuando son varias las casas en una región, erige una Provincia canónica. Primero Roma, luego Liguria, Nápoles después, por último Toscana. Algo más tarde vendrán las islas, Sicilia y Córcega. Le guían dos principios capitales: poner al frente de cada provincia al hombre más competente, aunque se prive de su ayuda personal, y que funcione con eficacia el correspondiente noviciado. Esto último lo dice sin cansarse: "Todo nuestro instituto depende de los buenos noviciados".

Orienta, aconseja, da normas concretas, dirige la construcción de colegios, quiere que los alumnos no pasen de 50 en cada aula, anima, reparte optimismo... Todo, desde su pequeña habitación de Roma. Los religiosos empiezan a llamarle con cariño "el santo viejo". Saben ellos que conoce el nombre y apellido de cada uno, que les guarda la espalda, que no deja una sola de sus cartas sin responder, escribiendo de noche y a veces de rodillas, que hace milagros sonados, casi siempre en favor de los niños, que se quita el bonete cuando los ve pasar porque descubre en sus rostros el rostro sonriente de Cristo, que se eleva en éxtasis cuando celebra la misa... Acertaron: santo viejo.

Sólo dos veces pudieron arrancarle de Roma, para que orientase sobre el terreno las nuevas fundaciones.

En la primavera de 1623 se acercó a Savona y Carcare. Por tierra, hasta Livorno. Y por mar, cruzando el golfo de Génova, hasta Savona. Permaneció tres días en la bella ciudad mediterránea. Volverá luego. En Carcare le recibieron en procesión y bajo palio. Llega como mensajero de paz. Bien pronto lo notara la villa. Así nos lo cuenta en carta del 19 de abril: "En estos días, con la ayuda del Señor, hemos conseguido que hicieran las paces los principales de este pueblo, que estaban con odio y con peligro de llegar a las manos por momentos. Hecha la paz, les he invitado a todos a comer con nosotros en dos días festivos, para mantenerlos en unión, con gran alegría y común satisfacción". Vuelto a Savona, fundó el noviciado y vistió la sotana a tres novicios, hijos de familias aristocráticas. Ese mismo año llegarán a ser 18 novicios. El P. Casani quedó al frente del noviciado y, poco después, de la nueva Provincia. El se volvió a Roma, seguro de no haber perdido el tiempo.

Otra primavera, la de 1626. En la casa de San Pantaleón juran que el P. General tiene las horas contadas y le administran la unción. Pero, según los testigos, se han puesto de acuerdo la Virgen y santa Teresa, y el P. General ha recobrado milagrosamente la salud.

Hay que ir a Nápoles. Por allí ha pasado y repasado el P. Melchor Alacchi, un tipo único y desconcertante, con vocación de correccaminos, impávido ante el peligro y empeñado en fundar colegio apenas pinte la ocasión. Tiene sentido práctico, tiene gracia para convencer a las autoridades y, por supuesto, le mueven la gloria de Dios y el bien de las almas... Y en Nápoles está don Carlos Tapia, marqués de Belmonte, brazo derecho del Virrey y empeñado en que baje Calasanz en persona y establezca sus Escuelas Pías... A mediados de octubre, 69 años a la espalda, sentado en una pequeña litera, entro en la ciudad del Vesubio. Quedo sorprendido por grupos y grupos de niños callejeros. "En Nápoles -escribe- creo que hay tres o cuatro veces más niños que en Roma". Se le disputan los barrios. Prevalece el de la Duquesca, "por estar en un extremo de la ciudad y ser de gente pobre". Y de alegres comediantes y mozas del partido que, al final, pagaron el pato. El dato nos ha llegado por otra carta de Calasanz: "Para entrar nosotros han hecho salir a más de 600 meretrices que vivían aquí, y nos han dado para iglesia un edificio grande que servía para hacer comedias. De modo que donde antes se offendía tanto a Dios, ahora es alabado por más de 600 muchachos".

Seis meses y medio permaneció en Nápoles. Le hicieron bien estas vacaciones. Volvió a Roma. Pero ya no se le fue nunca del recuerdo la imagen gratísima de Nápoles y sus gentes.

En 1628 escribe la *Corona de las doce estrellas*. Calasanz recogió todo su amor mariano y lo volcó teológicamente en estos doce regalos que han hecho a María, a partes iguales, el Padre, el Hijo y el Espíritu. Escrito el poema, recomienda su práctica a los niños, "para que merezcan por tan pequeño sacrificio el favor incalculable de la protección de María en la vida y en el momento de la muerte".

Dejando para mejor ocasión el rosario de colegios fundados en Italia hasta 1648, hay que detenerse unos minutos, por devoción y justicia, en los de Roma y Florencia.

El colegio Nazareno, se llama así, porque el cardenal Tonti, su fundador, era arzobispo de Nazaret.

A la hora de donar sus bienes, le convenció Calasanz para que fundase un colegio de niños pobres y superdotados: 12 primero, que llegaran a 20 cuando alcancen los dineros. El 1 de enero de 1630 abrió sus puertas el Nazareno. Calasanz fue su primer rector durante trece años (1630-1643) y escribió las *Constituciones del Colegio Nazareno*, un verdadero libro con introducción y diez capítulos, llenos todos de aciertos pedagógicos. Alrededor de 1643 admitió el colegio alumnos de pago, respetando siempre las becas de fundación.

Por las mismas fechas que el Nazareno, nacía el colegio de Florencia. Brotó de un regalo de Juan Francisco Fiammelli. Tenía él abiertas unas "escuelas pías". En 1630 le pesan sus 75 años y se las cede a los escolapios. Fue el año de la peste que azotó a Florencia. Los hijos de Calasanz reaccionaron a lo divino ante la desgracia. Florencia se les entregó rendida y el colegio creció sin esfuerzo. En 1638 el P. Juan Francisco Apa fundó en ella la "Academia de los inteligentes", una verdadera escuela de nobles, que la aristocracia florentina venía reclamando. Fue un acierto. Calasanz tuvo sus dudas. Por

fin dio los permisos competentes. Le dolían los pobres. Pero recordó que, si los pobres eran los preferidos, las Escuelas Pías se habían fundado para todos. Confiaba en el P. Apa. Y este sabrá corresponder: cuando publique en 1643 su gramática latina, escrita en lengua vernácula y con métodos más breves y prácticos, se la dedicará a Calasanz.

Junto a los humanistas, se mueven en el colegio de Florencia los matemáticos. Un grupo selecto, formado en la escuela de Galileo: Castelli, Michelini, Settimi, Ambrosi, Grise, Conti, Romani, Morelli. Los cito seguidos, porque todos figuran en los diccionarios científicos. Settimi sirvió de secretario al sabio en su retiro de Arcetri. Planea la sombra del Santo Oficio tras el proceso condenatorio. Lo sabe Calasanz. Y sabe, porque el mismo lo ha escrito, que un escolapio no puede pernoctar fuera de su colegio. ¡Pero aquel anciano, sabio, solo y ciego! E116 de abril de 1639 escribe al superior de Florencia: "...y si acaso pide el Sr. Galileo que alguna noche se quede el P. Settimi con él, concédaselo usted".

Antes había mandado a sus escolapios a dialogar con Gaspar Scioppio en Milán, para asimilar sus métodos filológicos. Y antes había tenido en Frascati, como profesor de filosofía de sus juniors, a Tomas Campanella...

En 1630 recibe Calasanz una petición muy sentida desde Europa Central. Cuando andaba, muchos años atrás, a la caza de canonjías, se tropezó con un camarero del Papa, llamado Francisco Dietrichtein. Había nacido en Madrid, hijo del embajador del emperador y de Margarita Cardona. Reside ahora en Nikolsburg, es cardenal, obispo de Olmuz, consejero del emperador y capitán general de Moravia. Con razón lleva título de Príncipe. En Nikolsburg ha establecido un colegio con su internado para nobles, llamado Seminario Lauretano. Y pide Dietrichtein...

Los primeros siete escolapios, con el P. Pelegrín Tencani al frente, llegaron a Nikolsburg en junio de 1631. Traen la bendición de Calasanz y la promesa de oraciones y nuevas ayudas. Se hacen cargo del Seminario Lauretano y fundan junto a él colegio propio. Colocan el noviciado en Leipnik. Vistos los resultados, empezaron a llover peticiones. El 29 de abril de 1633 escribe Calasanz, entre preocupado y alborozado: "Si tuviera en estos momentos diez mil religiosos, los podría distribuir todos en un mes por aquellos sitios en que me lo piden con grandísimas instancias... muchos señores cardenales, obispos, preladados, grandes señores y ciudades importantes como puedo mostrar por muchas cartas". Pudo acceder a las fundaciones de Straznitz y Litomysl. Otras no pasaron del deseo. En 1633 vuelve a escribir: "Me han ofrecido casa e iglesia en Praga y en más de otros diez lugares, prometiéndonos... comida y vestido y, lo más importante, la conversión de muchísimos herejes que, viendo el trabajo, el modo de vivir y el no querer bienes de nadie, admirados, piden ser instruidos por nosotros". Esto de las conversiones mereció a las Escuelas Pías plácemes sinceros de la Congregación de Propaganda Fide. Y es que, en aquellos colegios de Europa Central, protestantes y católicos se sientan en el mismo banco. Como en San Pantaleón 10 habían hecho por un tiempo los niños judíos del gueto romano. Para Calasanz las barreras sociales y religiosas tienen mucho de artificio convencional y hay que ir desmoronándolas a golpes suaves de Piedad y Letras.

Durante tres años -1638-41- vigiló estas fundaciones y las afianzó con su esfuerzo y sus virtudes el P. Pedro Casani, nombrado por Calasanz Comisario General de

Germania. Ya de entrada le gustó la tierra. En mayo de 1638 y desde Nikolsburg se la describe a Calasanz: "Este país... es alegre, hermoso, soleado, ameno, de aire saludable. El pan es buenísimo, el vino es sano, la carne, la leche, el pescado, el agua, la frota, las verduras, etc., cosa sabrosa y amiga de la salud".

La guerra de los 30 años empujó a los escolapios hacia Polonia. Llegaron a Varsovia en 1642. Contado el P. Onofre Conti -superior de muchos quilates-, son seis solamente. "Pero también las semillas pequeñas producen mies abundante", le dice Calasanz a Ladislao IV, que venía pidiendo con insistencia una fundación escolapia. Ese mismo año plantan el noviciado en Podoliec. Las casas polacas serán pronto focos de religiosidad y cultura. Mejor que nadie lo reconoció el rey. Cuando descargue la tormenta sobre Roma, Ladislao IV estará, inflexible y valiente, junto a Calasanz.

La implantación en España fue una ilusión perdida por partida doble. Lo intentó en Guissona el P. Alacchi, a petición del obispo de Urgel don Pablo Durán. El 2 de mayo de 1638 puso la primera piedra el obispo. Tres largos años trabajó el P. Alacchi. ¡Qué trágicas y sinceras sus cartas a Calasanz! No llegaron los refuerzos. Cayó enfermo. Se labró el sepulcro. Recibió orden de volver. Cerró el colegio que había levantado a pulso y en 1641 entregó las Haves a su P. General. Calasanz las guardó siempre sobre su mesa de trabajo. Porque le recordaban horas felices, porque esperaba que llegasen tiempos mejores...

La última petición vino desde Zaragoza, como había Llegado la primera desde Ariza. Ahora, principios de 1648, firma la petición el Consejo Supremo de Aragón. Hizo Calasanz cuanto pudo, teniendo en cuenta la calidad del demandante y las perspectivas que se abrían para la juventud aragonesa. No pudo Llegar a tiempo. Esta vez se le adelantó la muerte.

EL SEÑOR NOS LO DIO, EL SEÑOR NOS LO QUITÓ

LAS ESCUELAS Pías se han transformado en un árbol frondoso. Lo del grano de mostaza. En 1646 tiene la Orden 6 Provincias, 37 casas, 500 religiosos, varios miles de alumnos. Calasanz quedó nombrado en 1622 general de este ejército por nueve años. Al finalizar el mandato, quiere retirarse a Nápoles. Pero un Breve pontificio le nombra General vitalicio el 12 de enero de 1622. Lo manda el Papa. Obedece y calla.

En 1637 celebra la Orden su primer Capítulo general. Calasanz presentó un extraordinario manuscrito, titulado *Declaraciones alas Constituciones, Reglas y Ritos comunes*. Además de páginas enteras dedicadas a señalar mejor la línea de actuación institucional, el grueso manuscrito contiene la interpretación auténtica de numerosos puntos de las Constituciones. Los capitulares le hicieron poco caso y le causaron un cúmulo de sinsabores. Permaneció el manso y humilde. Tanto, que a monseñor Julio Rospigliosi, delegado del Papa en el Capítulo, se le escapó esta frase: "No sé cuando tendrán otro padre de tanta perfección y caridad como éste".

Preparó con todo esmero el Capítulo de 1641. El P. Casani anda por Moravia y le cuesta volver a Roma. A Calasanz le interesa la presencia de aquel amigo valioso.

Quiere dejar en sus manos el timón de la nave y retirarse el a vivir a solas con Dios: "... y si el P. Pedro quiere venir, tengo el propósito de nombrarle Vicario General y retirarme a un lugar solitario para prepararme a comparecer ante el tribunal de Dios bendito". No le hizo caso el amigo. Venir, vino, pero de ser vicario ni hablar. Sigue preparando el Capítulo y le sobra tiempo para ayudar en las escuelas. Lo dice sin pizca de vanidad: "Aunque he sobrepasado los 80 años, voy muchas veces a ayudar, cuándo en una escuela, cuándo en otra".

Los enemigos son muchos y no yen estos ejemplos. Los hay de muy distinto pelaje. Ya irán apareciendo, con sus apellidos y sus intenciones. Tienen un programa fijo, que sintetizan en dos puntos: primero, tirar al Fundador; segundo, destruir la Orden que ha fundado.

Mario Sozzi se llama... Empezó a medrar a finales de 1639. Vive en Florencia. Y descubre de golpe una casa de prostitución bajo el título de internado de muchachas. Andan en el negocio una viuda rica -Faustina Mainardi- y un canónigo despistado. Denuncia el caso al Inquisidor de Florencia y este lo traslada a Mons. Albizzi, asesor en Roma del Santo Oficio. Ya cuenta Mario con dos valiosos protectores. Ya puede manifestarse arrogante, expresar su envidia, llevar a juicio a sus hermanos. Acusa, sin detenerse en mentiras, a los escolapios galileanos. Al P. Settimi, secretario del sabio, le llaman a Roma y le examinan minuciosamente por defender que "las cosas están compuestas de átomos... y que la tierra se mueve y el sol esta quieto". Los jueces romanos, más sensatos que el acusador, dejan en paz los átomos, la tierra y el sol y declaran libre al reo. Pero una de cal y otra de arena. Mons. Albizzi hace nombrar al P. Mario Provincial de Toscana.

Presenta sus objeciones Calasanz, que conoce al sujeto mejor que su madre. Protesta fuertemente el cardenal Cesarini, Protector de la Orden y miembro del Santo Oficio. De nada valieron objeciones y protesta.

Fue Calasanz quien mejor interpreto esta imposición, que causa estupor por la indignidad del provincial y la intromisión de sus padrinos. Escribe al P. Apa: "Debe saber Usted que la Sagrada Congregación del Santo Oficio no suele dar ordenes sin saberlo el Papa". Por estas fechas -diciembre de 1641- el Papa se llama Urbano VIII, un Barberini.

Como superior, le fue fatal a Mario. Vuelve a Roma, no le recibe el cardenal Cesarini y va diciendo que tiene papeles que comprometen al cardenal. Este, herido en su dignidad, ordena que entregue Mario la documentación que lleva encima y que registren su habitación. Mario reacciona acusando a Calasanz y sus asistentes. Pica el anzuelo Mons. Albizzi, avisa al cardenal Barberini, Secretario de Estado, y lo sabe el Papa, que ordena se encarcele a los culpables. Un piquete de esbirros acordona la casa de San Pantaleón. Poco después salen los presos y enfilan el largo camino que va hacia San Pedro para entrar por el portón del Santo Oficio. Destaca en el grupo la figura del P. José, alto, un tanto encorvado, cabello blanco, 85 anos. Es mediodía y cae el sol a plomo sobre las cabezas descubiertas. Desde la ventana de un palacio amigo -asegura el P. Berro- ríe alborozado el P. Mario.

Detrás, cómodo en su carroza, cierra el cortejo Mons. Albizzi. Calasanz confesó más tarde al P. Jerónimo de Santa Inés "que en aquel trance había meditado sobre el camino

de amargura que anduvo Cristo Nuestro Señor al Calvario, al tiempo de su pasión sacrosanta". Le resultó fácil la composición de lugar. También este 8 de agosto de 1642 ha caído en viernes.

Mientras mons. Albizzi come y echa la siesta, Calasanz se quedó pacíficamente dormido, esperando el juicio. Se entera el cardenal Cesarini, aclara el entuerto, y hace que en su propia carroza vuelvan a casa los prisioneros. Volvieron y hallaron una orden que les obliga a permanecer encerrados por quince días con prohibición absoluta de pisar la calle. El 14 de agosto, sesión del Santo oficio Presidida por el Papa. Levantan el arresto domiciliario a Calasanz y sus asistentes, y a la vez, borran el nombre de Cesarini como Protector de las Escuelas Pías.

Mario y Albizzi -eslabón y pedernal- pudieron abrazarse el 15 de enero de 1643. Reunión del Santo Oficio, también presidida por el Papa. Se lee y aprueba un tremendo memorial del P. Mario. Tan tremendo que ha pasado a la historia con el título de "Memorial calumnioso". Se lo creyeron a pies juntillas. Y, en consecuencia, deciden nombrar un visitador apostólico, entregar el gobierno al P. Mario y privar de todo cargo a Calasanz... Le sobran a usted motivos, P. Mario. Acaba de recibir su paga.

No lo dude. Cuento las monedas despacio, sin miedo. Sí, son 30 exactamente.

Los visitadores fueron dos. Empezó el P. Agustín Ubaldini religioso somasco, hombre honesto. Le costó poco descubrir los enredos de Mario. Le impresionó la prudencia de Calasanz. Descubrió... No le dejaron seguir. El 9 de mayo hay nuevo visitador, el P. Silvestre Pietrasanta, jesuita.

Si dos han podido tanto, imaginaos cuánto podrían tres: Mario, Albizzi, Pietrasanta. Mario se siente más fuerte y mejor apoyado. Le quita a Calasanz su secretario, intercepta su correspondencia, prohíbe que le visiten los religiosos... Le gustan mucho a Mario los buenos platos y las golosinas. Pero más, mucho más, ver a sus pies al P. Fundador, pidiéndole la bendición cuando va a salir de casa. Un día -refiere el H. Ferrari, allí presente Mario se siente traicionado por sus asistentes. Busca a Calasanz y le increpa: "Viejo chocho y fatuo. Esos no me quieren obedecer y vos no los domináis. He llevado la Orden a la ruina y no he de parar hasta que la arranque de cuajo". No esperaba la respuesta profética: "Esos superiores los habéis elegido vos, no yo. Guardaos del castigo de Dios por el daño que hacéis a la Religión. Temed no os alcance pronto su ira".

Quince días después de esta escena "le comenzó al P. Mario la famosa lepra", que le fue royendo, como un gorgojo, las tablas de los huesos. Se recluyó avergonzado en el Nazareno. Se hizo aplicar pócimas sobre pócimas. Dos veces fue a verle Calasanz y le cerraron las puertas. Mandó al P. Casani, que tuvo más suerte. Mario llamó a sus amigos y les pidió un último favor: que nombren sucesor suyo al P. Esteban Cherubini.

En dos meses se le comió la lepra. Tiene al morir 35 años... A un ambicioso sucede un inmoral, orillado por todos. Conocido el nombramiento -siempre con Breve pontificio-llegan memoriales y súplicas. Hay una de la comunidad de San Pantaleón -43 firmas encabezadas por la de Calasanz- que pide "no sea elegido o confirmado el P. Esteban... si antes no se toman informes de su vida y costumbres". Qué se van a tomar. Otros piden que le devuelvan su cargo a Calasanz. Pietra santa lee, o hace que lee. Sí estuvo valiente al reconocer por escrito que Calasanz "es un óptimo religioso de

santísima intención y laudabilísimas costumbres". Pero Cherubini es su amigo ahora, como antes lo fue Mario. Y mete en el baúl del olvido todas las peticiones, porque hay que cumplir con los amigos.

Al nombramiento de Cherubini se unió el trabajo de una comisión cardenalicia, encargada de estudiar el estado de la Orden. Empezó a moverse en septiembre de 1643 y tuvo numerosas sesiones durante tres años. La integran amigos sinceros -cardenales Ginetti, Falconieri, Alfonso de la Cueva, Mons. Paolucci- y enemigos declarados: Mons. Albizzi y los cardenales Spada y Roma, opuestos ambos a la enseñanza de los pobres. A Urbano VIII ha sucedido en la cátedra de Pedro el 15 de septiembre de 1644 Inocencio X. Ladislao IV, su canciller el duque Ossolinski, la emperatriz Leonor, el gran Duque de Toscana y Mons. Panícola, obispo de Ravello, presionan a favor de las Escuelas Pías. Calasanz sigue escribiendo cartas y defendiendo a los pobres, porque adivina el gran peligro: que se queden de nuevo sin pan y sin cultura. En su último memorial dice con valentía crítica. "Los pobres no deben ser abandonados... pues también ellos han sido redimidos por la sangre preciosa de Cristo, y tan apreciados por su Divina Majestad que dijo haber sido mandado al mundo por su eterno Padre para enseñarles: *Me ha enviado para anunciar a los pobres la buena noticia*. De lo que se deduce cuan lejos esté de la piedad cristiana y sentimiento de Cristo la política que enseña ser nocivo a la sociedad el enseñar a los pobres por desviarlos, se dice, de las artes mecánicas..." No se para. Intenta muchas veces, sin suerte, "besar el pie a su Santidad". Lo consigue, al fin, el 28 de diciembre de 1644. Le acompaña el P. Castilla. Y al ofrecerse ante el Papa a responder a todas las acusaciones, oyó esta respuesta: "Contra vos no hay nada".

Pues claro. La primera iniciativa del programa estratégico estaba cumplida. Ahora es la Orden lo que importa, no el fundador.

Que cuadro -aleteo de rojos y grises- le pinto Velázquez. "Troppo vero", exclamo al verse retratado. Hoy, admirándole de nuevo, me he detenido en los ojos, en la mirada. Dice un crítico moderno que esa mirada revela una "personalidad cruel, recelosa y en el fondo vulgar". Un poco exagerado, tal vez. Pero no dejo de pensar: con esos mismos ojos miró a Calasanz -a mi padre-, arrodillado a sus pies. ¿Recelo y crueldad en la mirada?

No hay nada... El 13 de febrero de 1646 se reunió la comisión por última vez. Un comunicado personal de Inocencio X indica el camino a seguir y las conclusiones a tomar. Los reunidos copiaron al dictado. Y en seis puntos escalonados remataron la tarea: los religiosos pueden irse a otros Institutos y diócesis, se cierran los noviciados, casas y religiosos dependerán de los obispados, la Orden queda como simple Congregación sin votos, hay que redactar nuevas Constituciones, se regala el Nazareno a Pietrasanta y Cherubini... El 16 de marzo firma el Papa el Breve mortal. El 17 de marzo leyó solemnemente el secretario del cardenal Vicario en el oratorio de San Pantaleón.

La tragedia esta consumada. En el silencio espeso que siguió a: la lectura, todos pudieron oír las palabras pausadas y plurales de Calasanz: *El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó. Como plugo al Señor así se ha hecho. Bendito sea el nombre del Señor*.

Abramos el volumen octavo de su epistolario por la carta 4.344. Escrita esta misma noche del 17 de marzo, va dirigida al P. Alejandro Novari, superior de Nikolsbur. En

una postdata le resume el contenido del Breve, recién leído en el oratorio, promete copia mas detallada, y concluye: "... pero usted no se desanime, porque esperamos en el Señor que todo se arregle, mientras permanezcamos unidos". Sigamos leyendo hasta la carta última y sabremos qué temple tiene este hombre. Sabe luchar con las mejores armas, siembra esperanza a raudales, ve en lontananza maduras las espigas... Da gusto caminar a su lado. Gracias a su tacto y a su esfuerzo, todos los colegios, sin excepción, siguen abiertos, los pobres tienen maestros, se abre una pequeña puerta en los noviciados... Y aquellas temidas Constituciones, escritas por el blandengue y amanerado Cherubini, van a arder blandamente en la chimenea del cardenal Marcio Ginetti.

Que no le faltaron amigos a la hora de echarle una mano. Algo le ayudaron los vivos. Aunque a estas alturas, ayudan ya más los muertos.

"Ha querido Dios bendito...". Sí, fue en octubre de 1647. El P. Casani, que siempre tuvo una mala salud de hierro, "a causa de un catarro muy fastidioso, el jueves por la tarde, 17 del corriente, a la edad de 76 años, alas nueve y media de la noche, se murió santamente... Esperamos que ayude a la Religión todavía mas muerto que vivo". No fue vana esta esperanza. Pronto rezaran juntos los dos y navegará más rápida la barquilla.

¡HA MUERTO EL SANTO!

SALIÓ POR última vez de casa, mediado julio de 1648, para visitar la iglesia del Salvador y ganar la indulgencia plenaria. Al volver, doblado ya y muy gastada la vista, dio con el pie descalzo en una piedra y se lastimó uno de los dedos. El 1 de agosto, celebrada la misa, se acostó. El 2 cayó en domingo, oyó la misa del P. Berro y comulgó entre los niños. Ya conocemos el cuadro de Goya. Los pinceles del genio supieron escribir y describir el momento, mejor que las plumas de los historiadores. Volvamos a mirar. Fijémonos, por favor, en ese rostro, en esas manos, en ese corro de niños admirados. El y ellos se merecían esa despedida.

Empiezan a trabajar los médicos, despistados del todo. "Cuando Dios quiere llevarse a uno al cielo, quita a los médicos el conocimiento del mal", decía sonriendo. El mal, todo el mal, hunde sus raíces en el hígado. Le alivia un poquito el ardor una delgada lámina de mármol, templada en el agua de la fontana del patio. Y paciencia, mucha paciencia.

Hay que entrar en esta habitación con respeto y sin ruido, porque es lugar sagrado. Entre estas paredes se dieron escenas conmovedoras. Él va exhortando a sus religiosos: que permanezcan unidos, que por nada del mundo dejen la enseñanza, que amen al Instituto, que confíen en la Santísima Virgen. No se cansa de llamarles "hijos queridísimos". Lloro de emoción y reza con ellos. Bendice "a los presentes y ausentes, a los de Roma y a los de las otras casas". Se le aparece santa Teresa, su enfermera. Le consuela la Virgen de los Montes: "Sí, la Virgen de los Montes me lo ha dicho, que este contento, que no dude de nada". De nada: de su salvación y de una pronta primavera para el Instituto. Vienen a verle los escolapios difuntos. Los va contando: 254. Sigue

contando y "sólo faltaba uno". El barnabita y amigo P. Constantino Palamolla, a quien revela la visión, le pregunta el nombre del ausente. Y "no quiso responder". Bien hecho.

Pero faltaba uno...

Quedan dos días, solo dos días. Llama a los padres Berro y Fedele: "Hacedme esta caridad por el amor que os tengo. Id al Vaticano: ganad la indulgencia por mi, besad el pie a la estatua de san Pedro, pedidle la bendición de mi parte para que me impetre del Señor el perdón de mis pecados y agregad las devociones que os parezca. Id luego al maestro de cámara del cardenal Cecchini y rogadle me obtenga del Papa la Indulgencia plenaria in articulo mortis".

La noche del 24 de agosto han velado junto al lecho del enfermo los padres Berro y Morelli. Se acerca silenciosa la muerte. Toca el P. Morelli la campana de la comunidad y acuden los religiosos.

El P. Berro ha iniciado ya la recomendación del alma. "Pero -confiesa él mismo- cedí la estola y el ritual al P. Castilla como superior de la casa. Prosiguió la recomendación, acompañándole todos y oyendo cómo el venerable padre contestaba todo. Alzó el brazo derecho como para bendecir y... voló al cielo, pronunciando tres veces Jesús, Jesús, Jesús... Quedó su cuerpo tan hermoso y bien parecido como si estuviera vivo, con color en el rostro y suave sonrisa en los labios".

Han sonado tres campanadas en el reloj de La Sapienza. No tardará el albor del nuevo día. Son las dos menos cuarto del 25 de agosto de 1648.

A la mañana siguiente bajaron los religiosos el cadáver del Padre desde el oratorio a la iglesia. Muy temprano y en profundo silencio. Al penetrar en el templo desde la placita de San Pantaleón, un niño se unió al cortejo procesional. Se acercó y reconoció al padre José. No pudo contenerse. Salió a la calle y con su voz cristalina y profética despertó a los romanos: *¡EI santo! ¡EI santo! ¡Ha muerto el santo!*